

Sancho Saldaña,

6

EL CASTELLANO DE CUELLAR.

SANCHO SALDAÑA,

ó

El Castellano de Guellar:

novela histórica original del siglo XIII

POR

D. JOSÉ DE ESPRONCÉDA.

TOMO IV.

Madrid.

Imprenta de Repullés.

AÑO DE 1834.

1859

Sancho Saldaña,
ó
el Castellano de Cuellar.

~~~~~  
**CAPITULO XIX.**  
—

No sabe por qué via aprovecharse  
de enemigo tan fuerte y poderoso,  
ni cómo con su cólera vengarse,  
pues vengarse ó morir le es ya forzoso.  
*(Bernardo. Poema.)*

**M**IENTRAS los sucesos referidos pasaban en el castillo de Cuellar, yacía tambien mal herido en su lecho el señor de Iscar, y todo estaba sombrío y triste en su fortaleza. El cantor habia roto su lira, faltar ya de entusiasmo para pulsarla, Nuño parecia haber perdido su ordinaria locuacidad, y los demas servidores de don

Hernando se perdian en cavilaciones preguntándose unos á otros por doña Leonor , dándose mutuamente noticias de ella , fundadas solo en presunciones vagas , todos hablando en voz baja , y como temerosos de despertar la cólera de su señor , cuyas heridas , aunque leves de suyo , se hacian peligrosas con la ardiente calentura que le consumia. Baste decir que Nuño y el trovador habian puesto treguas á sus disputas , y que solo de tiempo en tiempo tal cual palabra mordaz daba á entender que no por eso habia cesado enteramente la guerra. Ambos á dos se esmeraban en cuidar á su señor , que devorado interiormente de mil pesares y crueles imaginaciones , habia caido en una fiebre continua que no solo burlaba la vigilancia de los dos fieles vasallos , sino tambien el arte y el talento de los tres mas famosos Hipócrates de aquella época que le asistian. Estaba entonces la ciencia de la medicina con corta diferencia como está hoy dia



(3)

en la infancia; pero particularmente entre los cristianos se hallaba tan abandonada, que apenas se encontraba un médico para un remedio. Dichosa edad por cierto aquella en que cada uno moría de su enfermedad y no de su médico, como dice Quevedo, y en que se podía morir cualquier hombre honrado sin tantas fórmulas como en el día se usan. Dichosa edad repetimos, porque en ella blancas y pulidas manos de hermosas damas se ejercitaban á veces en curar así las heridas del cuerpo como las del alma á los caballeros intrépidos, y hacían el oficio que ahora solo desempeñan las callosas y poco limpias de algún impío barbero en los lugares de por ahí cuando algún malogrado paciente les viene como llovido para saciar en él su sed de sangre y sus horribles escarpeles, que harán que se horripile el hombre de mas valor. Solo en aquellos tiempos puede decirse que cultivaban la tal ciencia homicida con algun fruto los ilustrados árabes y

\*

los judíos, que así en esto como en todo lo que toca á ciencias y artes, en particular los primeros, nos han dejado profundas huellas de su asombrosa sabiduría. Los Avicenas, los Averroes sirven aun de regla á nuestros mas presumidos galenos, y justamente en el siglo de don Alonso el Sabio fue cuando los judíos, favorecidos de este monarca que protegía el talento donde quiera que se encontraba, comentaron la biblia, escribieron de medicina, de astrología &c., y se les debieron muchos y muy curiosos inventos. Sucedia no obstante que siendo mal visto que un cristiano viejo se dejase curar por un judío, á quien todos ó la mayor parte de comun acuerdo hubieran querido quemar en honra y gloria de Dios, habia hombre que preferia morir á deber la vida á los hechizos y cabalísticas palabras de que se creía que usaba aquella maldita raza, puesto que no eran los hijos de Israel tan poco filantrópicos que prodigasen sus remedios



á todo el mundo. Ninguno de estos famosos empíricos asistia al impaciente hermano de la desdichada Leonor, que nunca mas que entonces hubiera deseado la salud, y cuya ansia y desasosiego eran las principales causas de su enfermedad. Su hermana, presa y deshonorada, estaba delante de él á todas horas presente en sus delirios, ya tachándole de perezoso, de cobarde y mal caballero, ya reprendiéndole de haber desamparado á la que su padre le encomendó al morir, á la que desvalida y sin otro amigo que él en el universo, esperaba de él solo su salvacion. El furor, que entonces le saeaba fuera de sí, le hacia saltar del lecho, dar voces, maltratar á cuantos le rodeaban, pedir sus armas, y resistirse furiosamente á los esfuerzos de los que interesados por su salud trataban de sosegarle y contenerle.



---



---

**CAPITULO XX.**


---

Quién á la ropa y quién al cofre aguija,  
 quién abre, quién desquicia y desencaja,  
 quién no deja fardel ni baratija,  
 quién contiene, quién riñe, quién baraja,  
 quién alega y se mete á la partija.

.....

(*Araucana de Ercilla.*)

**E**L lector se acordará del llano ó plaza de arena en que Usdrobal fue presentado por el Velludo á los honrados habitantes del bosque, sus servidores, y en donde tomó á su cargo el piadoso Zacarías educarle como convenia para el ejercicio que habia abrazado. Pues minuto mas ó menos á aquella misma hora y en aquel mismo sitio algunos dias despues de la aventura del capitan con la maga, estaban reunidos varios individuos de la partida, no razonando alegremente unos con otros, ni trasegando el alma de algun pellejo de



vino á sus insaciables estómagos, según costumbre, ni admitiendo en su seno ningún jóven cuya noble alma no pudiera sufrir el peso de la ociosidad, sino muy solícitos y divertidos en aligerar el peso de las maletas y faltriqueras de una tropa de viajeros que por su mal habian acertado á encontrarse con ellos en aquel desierto. Cuatro eran los caminantes, y todos parecian por su trage ser gente comerciante, que como era entonces uso llevaban de pueblo en pueblo sus mercancías, trocándolas por otras ó por dinero en los mercados públicos, y solo se distinguian de los que llaman buhoneros en que en vez de llevarlos á cuestras y caminar á pie, sus fardos iban á lomo sobre una mula, y ellos montados en sendos animales de la misma raza. Pero en el momento que se trata, los bandoleros, compadecidos sin duda de la enorme carga que oprimia y fatigaba á las pobres bestias, habian hecho apeaar de sus cabalgaduras á los mal aventurados viandan-

tes, y aliviado de su desmedida carga á la que llevaba delante guiándola del ronzal un mozo de pocos años que iba allí de espolique.

Habíalos visto desde los pinares el compungido Zacarías, que avisó al momento á sus compañeros sin cambiar su mística fisonomía, y sin dejar de rezar al mismo tiempo, mandándoles que estuviesen alerta para sorprenderlos.

— Hijos míos, les dijo, ahí viene una raza de pecadores de aquellos que el Señor ha dicho *pulvis eris et in pulvere reverteris*; de judíos digo, pueblo, como sabéis, maldito, y cuyos bienes podemos confiscar á nuestro favor sin el mas pequeño remordimiento y cumpliendo con nuestro deber. Son cuatro hebreos enemigos de toda bolsa cristiana, cuatro sanguijuelas hidrópicas de la sangre del justo; y pasó una cuenta á su rosario murmurando un pater noster al mismo tiempo.

— Voto á Deu, respondió el catalan, que helcs que se dirijan aqui, y me im-



porte á mí lo matcis que un trago de vino si son cristianos ó judíos con tal que traigan dinero.

— Buena mula es la que viene delante, dijo el bizco, y por las barbas del Cid que no se puede mover de cargada.

— Manos á la obra, gritaron los otros; y se pusieron todos en movimiento.

— Silencio, hijos míos, y mucha caridad sobre todo, y que no vayan al otro mundo sin confesion; ya que Dios los trae aqui, yo me encargo de convertirlos si son judíos, como es regular.

— Dos por aqui, mandó con su voz áspera el catalan señalando á la derecha, cuatro á la izquierda, y los demas conmigo: yo voy delante.

— *Domine exaudi mihi*, dijo Zacarías; y echó mano á su cuchillo sin dejar el rosario andando al lado del catalan: Dios ponga tiento en nuestras manos y perdone nuestros pecados.

— Voto va Deu, ¡ á ellos! gritó Urgél desaforadamente á tiempo que casi iban

los viajeros á tropezar con ellos, todavía sin haberlos visto á causa de la espesura del bosque. El primero que rompía la marcha era el mozo de espuela, que muy descuidado de la que le esperaba venia alegremente silbando, y que apenas oyó el grito de *á ellos* cuando sintió un garrotazo sobre la frente tan descomunal y tremendo, que cayó en tierra con la cabeza abierta y bañado en sangre. Fue el primer saludo con que se esplicó el formidable catalan antes de decir palabra. Zacarías echó mano al ronزال de la mula, que espantada con el porrazo y la airada presencia del apaleador, se habia levantado de manos y trataba de volver gurupas. Estaba el buen anacoreta destellando avaricia por los ojos, rezando muy aprisa, y señor ya de la carga, que era el blanco de sus mas fervorosas súplicas.

Esta fue la señal de la arremetida, y los demas, emboscados á derecha é izquierda, cayeron como halcones sobre su presa con los alfanges y las espadas en la



mano, dando gritos y dispuestos á asesinar al primero que se resistiese. El catalán, que disfrutaba tanto placer en pegar como en robar, puesta en alto su partesana se arrojó en seguida de haber derribado al mozo sobre los desdichados mercaderes, que al ver caer sobre ellos aquella nube de foragidos no sabían qué hacerse, y ni hacían muestra de rendirse, ni de huir, ni de defenderse. Alguno cuya cabalgadura no estaba acostumbrada á niñerías semejantes, no pudiendo resistir sus corcovos dió consigo una caída, que los vencedores tomaron por una señal clara de su sumision. En efecto, todos ellos eran gente pacífica y mal avenida con todo género de refriegas, por lo que el triunfo no fue muy costoso, ni tardó en decidirse por los bandidos mas tiempo que el que tardaron en hacerlos echar pie á tierra y atarlos á los árboles que formaban la plaza.

— Amigos, gritaba uno de los viajeros, que era precisamente el que habia

derribado su mula, calvo con solo algunos mechones blancos en la cabeza, pequeño de cuerpo y flaco, cara larga, nariz aguilena, ojos negros, pero sin brillo, y la barba cana y poblada, amigos míos, no teneis necesidad de atarnos, nosotros no nos hemos de defender, y os daremos de buena gana cuanto traemos sin que tengais que decirnos siquiera una mala palabra.

— Raza descreida, repuso Zacarías con su voz de vieja, tú eres de los que ataron á una columna á nuestro Redentor; cuida que si no fuera porque pienso hacer de tí un cristiano tan santo como el que mas, cuando hayas vuelto á cada uno de por sí lo mucho que habrás robado, y que es por lo que has de empezar ahora mismo, cuida que no se les ponga en la idea á estos honrados hermanos abrirte las carnes á azotes por ladron, como casi me dan intenciones de aconsejárselo: *quia tu est ad verberandum.*

— Veo, amigo lad... quiero decir, buen hombre, respondió el viejo con sere-



nidad, que nos tratas mal sin merecerlo, y que partes de un principio erróneo dando por cierto lo que es enteramente falso.

— Al diablo tanto hablar, voto á Deu, gritó el catalan: ¿qué haceis sin catar de lo que traigan esos borrachos?

— Has de saber, santo varon, gritaba el mercader viejo, que aqui no viene ningun judío, sino que somos gente pacífica que vamos á nuestro comercio.

— Pues entonces, hijo mio, le respondió Zacarías registrándole al mismo tiempo, perdona por Dios esta ofensa que te he hecho contra mi voluntad, y suelta el dinero que traigas contigo por amor de él, y como ordena la caridad cristiana.

— Par diez, que esta es buena gente, gritaba el bizco á tiempo que él y otros tres descargaban la mula que traía las mercancías. No parece sino que estan estos cajones llenos de plomo segun lo que pesan.

— Eso será hierro sin duda, añadió el veterano de la cara cortada, que ó el

sonido me engaña mucho, ó lo que va dentro son sedas y lienzos como yo soy turco.

— No lo creais, buenas gentes: son algunas telas de poco valor lo que ahí va que para nada os sirven, les gritó el viajero; regalos que yo llevaba á Valladolid para su alteza don Sancho IV, rey de Castilla: los envia el señor de Aguilar con algunas otras bujerías.

— Tanto mejor, voto á Deu, gritó el catalan: el rey de Castilla non pas tindrá eso que dices, y haz cuenta que lo has portat por nosaltros.

— Sí, pero temed el enojo del rey, replicó el viejo, á quien ya habian enteramente desvalijado, asi como á sus compañeros, y que tenia al parecer mucho interes en que no viesen lo que venia en los cajones; ya veis, prosiguió, yo lo digo por vuestro bien. Cuenta con lo que haceis con lo que pertenece á su alteza; ahí teneis lo mio y lo de mis compañeros; con eso podeis hacer lo que querais sin miedo, quedaros con ello ó devolvérnoslo;



pero el regalo del señor de Aguilar...

— Anda tú, el rey y el señor de Aguilar á los infiernos, respondió el de la cara cortada. Abrámoslo de una vez, que todo lo mas que harán si nos prenden será ahorcarnos, y eso que robemos ó no robemos al rey, habrá de suceder lo mismo.

— Tienes razon, dijo el bizco, y á mas que morir ahorcado es una muerte en que se adelanta para subir al cielo todo lo que falta para llegar con los pies al suelo, y ya que lo han de colgar á uno, que no sea por una niñería, sino por haber hecho algo que merezca contarse.

— Abrir los cajones de una vez, y basta ya de charla, gritó otro.

Empezaron á descargar golpes sobre las cajas muy de prisa y con toda su fuerza, y ya empezaban á saltar astillas y á crugir las tablas, á despecho de los consejos que continuaba dándoles el viajero, y de sus gritos, súplicas y amenazas, cuando Zacarías, que hasta entonces habia estado hincado de rodillas rezando, y

empleado asimismo en desliar, registrar, inquirir y escudriñar pliegue por pliegue y muy detenidamente un gaban ó alforja que traía el caminante, se levantó despues de haber escondido debajo de todo á un lado un cajon de boj, largo de una vara y con molduras de plata en los extremos, cerrado con un resorte que él no entendia; y dejando para luego enterarse de lo que habia dentro, hizo á los otros que suspendiesen su faena, pidiendo que se dispusiese en concilio lo que habia de hacerse.

— Hijos míos, les dijo, por todos los apóstoles juntos os ruego humildemente que pongais atención en las palabras de ese buen viejo que está ahí atado, y que hoy ha ganado el cielo por la mansedumbre y generosidad con que nos ha entregado voluntariamente lo que traía superfluo para socorrer nuestras necesidades. Vedle ahí que se desgañita rogándonos que no se toque al regalo que lleva para el ungido, vedle ahí que me parece que



en este poco tiempo se ha puesto mas flaco aun y mas viejo que cuando llegó y se ha achicado una cuarta. Tened paciencia, hijos míos, y no me interrumpais, que nadie nos corre, y menester es tenerla en las adversidades. Oidme hasta el fin y juzgareis. Ya veis, amados hijos de mi ternura, que nuestro cristiano capitán no está aquí ahora, y que es antigua usanza entre nosotros cuando aquel santo varón (bendígale Dios) no se halla presente tomar el parecer de cada uno, y que todo el mundo dé francamente su opinion. La mia, pues, es de que se abran las cajas, y Dios nos dé aquí paz y despues gloria.

— Pues á fé mia que ya podian estar abiertas, y para eso, repuso el bizco, no habia necesidad de predicarnos ningun sermon.

— Voto á Deu que no oiga yo mas discursos.

— Ni yo, ni yo, gritaron todos; y se dispusieron á empezar de nuevo con mas empeño.

— Con todo, gritó Zacarías con un chillido agudo como el de un pito, oidme. Puede el viajero ó cualquiera de sus cofrades ofrecerse en pío sacrificio en lugar de esas cajas, y con tal que esté dispuesto á sufrir sobre su cuerpo los golpes que ellas habian de llevar, soy de opinion de hacerles esta obra de misericordia y que se atienda á sus ruegos.

Una ruidosa carcajada aplaudió esta sabia determinacion del benéfico Zacarías, y el pobre robado y sus compañeros empezaron á temblar y á dar diente con diente, temerosos de sufrir la pena á que los condenaba en caso de quedarse libres las mercancías de todo daño y embargo.

— ¿Tuerces el hocico, mal hombre, prosiguió Zacarías, yo que habia pensado en enviarte hoy al cielo porque creí que ahora te irias allá derecho tomando todo cuanto aqui se hiciera por bien de tu alma y en penitencia de tus pecados, y ahora no parece sino que te causa cierto

\*



disgusto mi buena intencion? Ea, muchachos, puesto que nuestra opinion es una misma, manos á la obra, y á trabajar con el ayuda de Dios, mientras yo convierto á este impío, hombre sin fé y sin resignacion.

No aguardaron los acólitos del mal ladron á oír hasta el fin su arenga, sino que llenos de brio empezaron á golpear tan de firme y tan aprisa, que á poco tiempo no quedó tabla de las que formaban las cajas que no hubiese saltado echa piezas. Pero cuál fue su asombro cuando en vez de los magníficos dones que pensaban hallar, enviados al rey por uno de los ricos-homes de mas fama, vieron rodar por el campo en monton y con grande estrépito una porcion de yelmos, corazas y otras armas defensivas y ofensivas de que venian preñadas las cajas, y que en su hechura y artificio mas parecian propias para soldados que para regalar á un monarca.

— Por San Cosme bendito, dijo uno

de los bandidos, que tanto puchero de hierro como viene aqui no será para que ponga el rey la olla, ni para eso se los enviará ese señor.

— Vive Dios que las mercancías son de gusto, y que mas seguro va en estos tiempos un hombre con un traje como este que con un vestido de seda.

— Voto á Deu, añadió el catalan tomando un casco en la mano, que mas vale guarir asi el cap que con un bonete de cuero. Y arrojó el que llevaba en la cabeza, y se caló en su lugar el yelmo.

Pero nada igualó al asombro de Zacarías, que habiendo abierto por fin la caja de boj en que esperaba hallar por lo menos algunas joyas de raro valor, y que con mucho cuidado habia tratado de ocultar á sus compañeros para no tener que partir con ellos, halló dos cosas entre otras varias, capaces de trastornar el juicio mas sano del hombre mas entendido de aquellos tiempos. Era una de ellas una bola de cristal muy pequeña, dentro de la cual



vivia y al parecer se agitaba un animal disforme, un elefante de desmesurada grandeza, un demonio sin duda, porque solo un demonio podia habitar en tan pequeño espacio infinitamente reducido para dar cabida á tan desproporcionada y estraña bestia. Sus ojos, de estraordinario tamaño, parecian quererse tragar al que lo miraba; su trompa inmensa podia sin trabajo alguno sepultar un hombre de una vez en su vientre; su piel, de un color oscuro con algunas manchas, era sin duda impenetrable al arma mas bien templada; y una infinidad de pies y piernas sostenian como columnas aquella mole ponderosa que al mismo tiempo gozaba sin duda de tanta comodidad en aquella estrecha vivienda como si se hallase en un anchuroso palacio. No creyó menos Zacarías sino que alli estaba encerrado algun diablo, y tirando la bola de cristal con la prontitud de aquel que se quema, se hincó de rodillas, se persignó mil veces, besó el suelo, y empezó á rezar y á darse golpes

de pecho con la mayor devocion, pidiendo á Dios que apartase aquel mal espíritu de su presencia. Era la otra una varita de hierro con un rueda de metal á un extremo, fija en un punto dado de un esqueleto de reloj, y que lo mismo fue sacarla, al impulso que recibió principió á ondular á un lado y á otro por sí sola con movimiento muy concertado (1).

—¿No os lo dije yo que era un judío? Hermanos míos, este hombre tiene hecho pacto con el demonio, gritó Zacarías pálido de temor; aquí lo tiene encerrado, es menester matarlo, hacerlo quemar aquí mismo.

Acudieron todos á ver qué era lo que hacia dar tantos gritos y salir fuera de sus casillas al hombre de sangre mas fria que habia entre ellos, espantados todos de verle tan fuera de sí, y algunos creidos que

(1) El abate Andrés en su obra de la literatura disputa la invencion de la péndola á los modernos, atribuyéndosela á los árabes, y para probarlo cita la opinion de algunos eruditos.



habia perdido la cabeza completamente.

—¿Qué diablos teneis, maestro Zacarías, preguntó el veterano, que no parece sino que habeis tenido una vision del infierno, y que os habeis vuelto loco?

— Y como que he tenido una vision, respondió Zazarías: *de profundis clamavit miserere mei domine secundum... secundum...* ¡ memoria! ¡ memoria! ¡ Ah! *Miserrima civitas*. Eso es, se dijo á sí mismo como satisfecho de haber atinado con el texto. Lo he visto, señor Tinieblas, y vos lo podeis ver si quereis: ahí está, si teneis ánimo para tomarlo en la mano... Es menester quemar á este hombre: es judío y mágico.

— Vade retro, respondió Tinieblas sin atreverse á mirar adonde señalaba Zacarías con la mano; la Vírgen Santa me valga, que no quiero yo nada con esa gente. No hay duda, es menester quemar á este hombre.

Difícil es que ninguno de nuestros lectores pueda formarse idea exacta de lo que pasaba en el alma de los viajeros, espe-

cialmente del que parecia mas principal, y que era el que estaba mas en peligro. Todo el mundo le miraba ya con horror, le maldecia, y hasta el mejor intencionado de los bandidos deseaba ya verle arder y se preparaba á derribar árboles y á formar la hoguera. En vano el pobre hombre se esforzaba á persuadirles que aquel animal tan estupendo y prodigioso no era mas que una pulga, en vano pedia que no le rompiesen el hierro que andaba solo, pues no era sino un reloj como cualquier otro de sol, sino que de distinta construccion y hechura, en vano les rogaba encarecidamente que no le matasen, y les ofrecia montes de oro por su rescate, que un momento antes les hubiera hecho abrir tanto ojo: todo era inútil; promesas, ruegos, amenazas, lágrimas, nada podia ablandar aquellos corazones de piedra, y era lo bueno que los mas de ellos aun no sabian por qué era aquella ansia que habia de quemar á aquel hombre, ni se cuidaban de preguntarlo, y eran los que



mas voceaban y le maldecian, y empezaban ya á partir leña. Con todo, el alboroto llegó á su colmo cuando el catalan tomó en la mano el funesto cristal, y mil diversas caricaturas, unas de susto, otras de horror, la boca abierta, los ojos desencajados, los pelos tiesos, se pararon á mirarlo atónitos y frios de lo que veían.

Él solo tuvo valor para cogerlo con la mano, y levantando el brazo en alto para que todo el mundo pudiera ver aquel tan prodigioso hechizo, pálido y persignándose al mismo tiempo, hubo un momento de estupor general en todos, y no parecia sino que de veras habian quedado encantados, segun el silencio que guardaban y la inmovilidad en que sus cuerpos por largo rato estuvieron. Pero luego que dió lugar el pasmo y asombro del primer momento á la reflexion, y cada uno echó sus cálculos allá entre sí, y pesó y examinó la enormidad del crimen, y con lo que añadia cada cual de suyo y el odio natural en toda alma cristiana contra la brujería

y el demonio, se irritó la cólera de aquella gente feroz, que, sin verdadera religion, estaban llenos de todas las supersticiones posibles, empezó un murmullo semejante al que hacen los árboles del bosque en señal del huracan que se acerca, y luego alzaron el grito, y todos corrieron á acinar leña para formar la hoguera.

— Es menester quemar esa bestia, gritaba uno.

— Y á ese viejo judío con ella, decía otro.

— Y á los otros tres con él.

— Y al mozo de mulas.

— Y las mulas, y los cajones, y las armas, añadía el bizco.

— Voto á Deu, y los potingues que ahí trae, proseguia el catalan.

— Y esos librotos viejos, y los papeles, y sus almas, que se las lleve el demonio.

— Y todo por la gloria de Dios, concluía Zacarías, que no hacia sino rezar al mismo tiempo que colocaba en buena dis-



posicion la leña que iban cortando los otros.

— Dios de Jacob, padre Abraham, sacadme de este aprieto, clamaba el pobre judío, que sin duda lo era á juzgar por sus exclamaciones. Sacadme con bien de manos de estos tigres despiadados, libradme como á Daniel de las garras de los leones. Amigos míos, queridos amigos míos, prosiguió volviéndose á los bandidos, yo soy viejo, estos tres hombres que estan ahí son mis criados, nosotros no os hemos hecho mal nunca. ¿Qué gloria podeis sacar de quemar á hombres como nosotros, que somos los cautivos de vuestra lanza? ¿Quereis que mi hijo, á quien dejé en Aragon, pregunte cuándo volverá á ver á su padre, y su madre no le responda y llore? Queridos míos, vosotros no sois malos, lo sé, yo lo sé muy bien que no quereis ensangrentaros en un viejo débil. Estais engañados en lo que creeis: si me dejais un momento ese pedazo de cristal, un momento no mas, yo haré ver

en qué consiste vuestro engaño; pero vosotros no nos hagais mal.

— Loado sea el Señor, que ya arde la leña: Dios me perdone, que me ha costado mucho trabajo encenderla.

— Ea, pues, cada uno al suyo, gritó el tio Tinieblas; pronto á desatarlos y asarlos, que no se hace mas en eso que lo que se debe.

— ¡Que mueran, que mueran! vociferaban todos.

Y cortando de un golpe las cuerdas que ligaban á los árboles los desdichados viajeros, sin atender á sus lágrimas ni á sus súplicas, empezaron á arrastrarlos hácia la hoguera en que ardía ya medio monte, y cuyas llamas, impelidas del viento, se levantaban sobre las copas de los pinos mas altos, como si amenazaran al cielo, despidiendo al mismo tiempo columnas de humo que envolvian la luz del sol, y daban un aspecto mas negro á aquel espantoso cuadro.

Figúrese el lector una ancha plaza



rodeada por todas partes de árboles, y capaz de contener en su ámbito mas de mil á dos mil soldados. En medio de ella pinos enteros ardiendo, cuyas llamas, mezcladas con el humo que con ellas se levantaba, daban un color cárdeno al dia, ennegreciendo la atmósfera al mismo tiempo. El calor era irresistible, y á mas de cincuenta pasos á la redonda era casi imposible aguantarlo. Al rededor de este fuego, é iluminados con la opaca lumbré sus cetrinos rostros, doce ó catorce bandidos con todas las señales de la miseria y de la ferocidad en sus estúpidas fisonomías, arrastrando entre cada tres ó cuatro de ellos un hombre cuyos gritos, gestos y contorsiones le hacian parecer un endemoniado, dando ellos al mismo tiempo voces, echando torpes juramentos, soltando risas y carcajadas horribles, ó profanando con sus sucias bocas los nombres mas santos que invocaban. Figurémonos, en fin, una porcion de demonios arrastrando al fuego eterno las

almas de los condenados, y solo así tendremos una idea exacta de escena tan horrorosa.

— La maldicion del Dios de Israel se desplome sobre vosotros, gritaba el judío viejo, luchando y reluchando con el bizco y el catalan, mientras Zacarías le pinchaba por detras con su cuchillo para hacerle andar.

— Yo soy un embajador del rey de Aragon... Tened cuenta con lo que... Yo daré un millon de oro por mi vida... Tened compasion de mí... Yo os explicaré lo que es eso... dejadme un momento que os hable. ¿Dónde está vuestro capitan?

Y al mismo tiempo se tendia en el suelo, se defendia á coces, á puños y á bocados; arrojaba espuma por la boca, revolvía los ojos en remolinos espantosos, su rostro estaba morado, sus labios negros, y sus lamentos, sus rugidos y sus maldiciones hubieran podido hacer estremecerse á una roca. La desesperacion, aunque viejo y débil, le prestaba fuerza



en tanto grado, que apenas podían sujetarle los brazos robustos de los dos ladrones, y aun no le habían meneado dos pasos.

— Voto á Deu, mala ira te trinq' el coll que es menester una corda y atemos este perro con una legion de diablos.

— Mírale qué pelos pone, contestó el bizco, y oye los berridos que da, que me atraviesan el cerebro como si fueran puñales; juro á Dios, añadió sacudiéndose una mano, que me ha partido un dedo de un mordisco, y que estoy por matarle aqui mismo de una puñalada, mas que no se quememe en su vida.

— Caridad, hijo mio, y refrena la ira, que no está tan lejos la hoguera, respondió Zacarías con su tono suave; no le pinches si acaso mas que yo, que solo le entró en el cuerpo la puntita de mi cuchillo.

Hizo el judío en aquel momento un esfuerzo tan desesperado, que habiendo logrado zafarse de manos de sus

opresores , se levantó y dió á correr por ver si podia salvarse ; pero á los pocos pasos sintió la mano de hierro del catalan , que de un puñetazo le derribó segunda vez en el suelo , y una cuerda que le liaba el bizzo á las piernas , mientras que un pinchazo que sintió en la espalda le anunció que no andaba lejos el caritativo Zacarías. Entonces el infeliz judío oyó las voces de los demas ladrones , que ya habian logrado acercar sus respectivas víctimas á la hoguera , y que solo aguardaban á que él viniese para darle la preferencia quemándole á él el primero. Todo parecia colmar en aquel trance su desesperacion ; sobre él se estendia un cielo de humo como para evitar que sus gritos llegasen al otro cielo ; á su alrededor un desierto , y los semblantes de hierro de los bandidos ; enfrente la hoguera , cuyo calor , que se sentia no poco donde él estaba , penetraba ya á su entender hasta en el tuétano de sus huesos ; ninguna muestra de compasion en



ninguno de los que allí estaban, ninguna esperanza de socorro; todo le habia abandonado á su fatalidad. Entonces sintió crispase sus nervios, las fuerzas le faltaron, un color pálido sucedió al amaratado que teñia su rostro, y solo sus ojos cristalinos, que ya se volvian á la hoguera con estúpido ahinco, ya hácia sus inexorables verdugos á demandar piedad, y el temblor convulsivo de sus labios, daban á entender que vivia.

Dejó por fin caer la cabeza sobre el pecho, y sin hacer mas resistencia se dejó conducir de los ladrones. No habia ya ningun obstáculo que vencer; los demas prisioneros unos estaban accidentados, otros rugian de temor, y algunos se deshacian en súplicas, que apenas eran oídas. El mozo de mulas, que habia vuelto en sí, y á quien querian tambien quemar solo por aquello de dime con quien andas &c., aunque no tenia nada de judío ni de encantador, habia logrado por fin que le perdonaran, con tal que ayu-

dase á quemar á sus amos , por las muchas brujerías que refirió les habia visto hacer durante el camino. En fin , habia llegado para aquellos infelices el fin del mundo , y el cielo , sordo á sus plegarias , no parecia querer enviarles ningun socorro.

Pero una idea que sobrevino casualmente en el ánimo de Zacarías dilató aun por algunos momentos la terrible muerte que les aguardaba.

— Hijos míos , dijo el hipócrita con su acento meloso , ya sabeis lo caritativo que soy , y creo que si tengo algun influjo entre vosotros no desoiréis la voz del justo. Bien hecho está que aborrezcamos á estos infames amalecitas , bien me parece que se les castigue , y yo mismo he sido el primero que he convenido en el esterminio de los fieles , digo de los infieles : *infelix opera summa* , que dijo aquel santo varon. Pero no por eso creo piadoso que entreguemos su alma á los demonios ( Dios nos libre ) , como se

\*



pensó en un principio, *quod in principium...* No importa que no me acuerde del texto, proseguiré: quiero decir *et qui habet aurès audiat*, como dijo San... No me acuerdo del Santo, pero la cita es exacta. Digo y repito que se debe tratar de salvar sus almas, y en particular la de este viejo infernal que ha mordido un dedo al bizco, y tambien al buen Urgél en la pierna derecha, de la cual como veis cojea.

— Asi, voto á Deu, que me ha llegado hasta el hueso, interrumpió el catalan.

— Prosigo, pues, continuó Zacarías, *florentem cytisum sequitur* (por ahí va bien), y digo que yo me encargo de convertirlos, y en particular á ese perro que he dicho, y entre tanto podeis seguir echando troncos al fuego y alimentándolo, y de este modo ellos se familiarizarán con la hoguera, la mirarán como cualquiera otra cosa, *sicut erat in principio*, morirán sin tantos aspamientos, y sobre todo tan convertidos y arrepenti-

dos que ni siquiera han de tener que tocar en el purgatorio. *Purgatorium, peccatorum &c.*, y loado sea Dios : he dicho.

La opinion de Zacarías prevaleció como era de esperar entre gentes que le tenían por un pozo de ciencia, y que le consideraban en segundo lugar despues de su capitan. Convinieron todos en que debia hacerse asi como él lo pedia, por lo que se suspendió el castigo de los criminales entre tanto se convertian.

Zacarías alzó entonces los ojos al cielo con aire tan compungido y devoto como si de veras pidiese al Espíritu Santo que le iluminase en la conversion de aquellos hereges, cuyas almas iba á enviar al cielo por el camino mas corto. Hecho esto, mandó que le trajesen al viejo, que ya se dejaba llevar lo mismo á un lado que á otro, insensible al parecer á todo cuanto le rodeaba. Nada habia oido del discurso de Zacarías, aturdidos y embotados sus sentidos con la idea de la muerte tan próxima, y sin otra sensacion



que la que en él producía la vista de la llama, que á su parecer le iba abrasando ya parte por parte su cuerpo.

El sitio que habia elegido el piadoso varon para la conversion del infiel estaba á bastante distancia de la hoguera, y el aire, aunque caldeado tanto con el calor de la estacion, como por efecto del fuego, le pareció fresco al judío en comparacion con el que habia respirado hasta entonces.

Trató, pues, de limpiarse el sudor, que á chorros le caía por el rostro, pero sus manos estaban atadas á su espalda, y no pudo hacer otra cosa que suspirar.

Zacarías tomó el aspecto mas grave que pudo, besó su rosario devotamente, y empezó con un tono de voz sobre manera melífluo á arengar al prisionero.

— Hijo mio, le dijo, serénate; aqui no se te quiere mal: ya veo que estás bastante agitado, y sin duda has tenido razon para gritar y forcejear, pues que estos hermanos mios, *fratres carissimi*,

por otra parte con la mejor intencion, te iban á dar muerte de perro, lo que no es nuestra voluntad. *Fiat voluntas tua*, que dijo quien lo sabia. He echado de ver tambien que á tí te disgusta morir de esa manera, y no me ha estrañado. *Pecata mea...* Hermano mio, no debes asombrarte porque se me olvide un texto, porque son tantos los que tengo en la cabeza... Pero tomando el hilo de mi discurso, por amor de Dios y como manda la moral y la caridad, yo los he contenido cuando mas empeñados estaban en llevar á cabo su santa obra, y puedes estar seguro que no estás hecho ya un chicharron, y lo mismo tus criados, *famuli tui*, por causa mia. *Mea culpa tu non est in chicharrone convertitus*. Este texto es mio; te lo digo por si sabes algo de latin.

El viajero habia ido poco á poco recobrando el conocimiento mientras desembuchaba Zacarías su elocuente oracion, y no hacia sino mirarle de hito en hito tan fijamente como si quisiera penetrar



en su alma. Sus ojos, aunque en un principio apenas ofrecían nada que pudiese llamar la atención, á poco que se fijaron en él fueron por grados tomando tal expresión y despedían una mirada tan intensa, tan penetrante, que el mismo Zacarías no pudo sufrirla, bajó los suyos mas de una vez, y aun estuvo á pique de interrumpirse.

— Buen hombre, honrado capitán de esta tropa, contestó el anciano, yo os juro por el Dios de Abraham que estoy inocente del crimen de hechicería que me suponeis, y pronto á haceros ver vuestro engaño. Tú, que pareces hombre entendido...

Zacarías creció un palmo con la lisonja, y el judío, como si no lo echára de ver, prosiguió diciendo:

— Tú, que sin duda eres hombre de letras, ilustre alumno de la...

— Basta, basta, interrumpió con voz muy sumisa el hipócrita Zacarías; yo solo soy un indigno siervo de Dios.

— No hay duda; tan bien como vos decís, continuó el judío, que iba cobrando mas ánimo á medida que observaba el efecto que producía la adulacion en el espíritu del bandido. Dadme, si me permitís, esa maldita bola que tanto os ha alborotado, y vereis que no tiene dentro mas que una pulga, sino que os parece animal disforme á causa del cristal en que está metida. Desatadme los brazos, que por el Dios que adoramos todos, y que bendijo la tribu de Benjamin, es demasiado cruel tratarme así, cuando yo soy de mio pacífico, y me veis viejo, con todos los achaques de la edad encima, y no puedo medir mis fuerzas con hombres como vosotros. Tened compasion de mí y de mis fieles criados; ved que estoy lleno de sangre de los pinchazos y golpes que me habeis dado. Y si no teneis lástima de mis canas, si sois padres, si teneis una muger á quien ameis, no seais tan crueles que querais que la mia tenga que rasgar sus vestiduras, y maltratarse, y llorar, y echar



ceniza sobre su frente. Soltadme, por Dios; dadme acá ese cristal. Mirad: si poneis un dedo de los vuestros á un lado y mirais por el otro, vereis tambien que os parecerá mucho mas grande. Vos, que sois hombre entendido, debeis saber que son secretos de la ciencia...

— A judío hueles, que no lo puedes negar, perro, dijo el bizco luego que hubo acabado; al momento se os conoce como á la zorra por el rabo.

— Sí, soy judío, respondió el anciano; ya no lo niego; esa fue la religion de mis padres; pero vosotros sois cristianos, y hay una máxima en el Evangelio que dice: *parce inimicis tuis*.

— Es verdad que la hay, es verdad, replicó Zacarías sollozando: ¡ah! no me hables del Evangelio; yo lo sabia de memoria, sino que ya se me ha olvidado. Este hombre me hace llorar. Dios mio, perdonadle, *parce nobis Domine*. Pero es menester quemarlo.

— Voto á Deu, gritó el catalan, ve-

nirse ahora con que es solo una pulga un animal como ese; y á quién se lo viene á decir, á nosotros que estamos comidos de ellas, y hartos de retorcerlas.

— Has dicho bien, hermano Urgél, contestó Zacarías. Y tú, varon ilustre, has hablado muy mal, pues que quieres hacernos creer que hay pulgas de esas, y aun si hubieras dicho otro animal, pase; pero Dios justamente por su infinita bondad nos tiene aqui plagados de esa clase de bichos y de otros varios.

— Par diez que aqui he topado con una sobre este muslo, dijo el bizco restregando el dedo pulgar contra el índice, entre cuyas yemas llevaba su prisionera. No hay sino compararla, y siempre que esta pulga y el bicho ese se parezcan en algo, yo me dejo quemar en vez de ese embustero judío.

— Dádmela acá, replicó el viajero, desatadme las manos, y vereis cómo la meto dentro del cristal y os parece como la otra.



— *Vade retro; horribile visu*, exclamaba Zacarías; hasta ahí podía llegar la astucia del diablo.

— Eso y mucho mas he visto yo hacer, añadió el tío Tinieblas meneando la cabeza con intencion.

— Al foc, al foc, gritó el catalan; lo rest es gastar tiempo.

— No, amados hijos míos; es preciso convertirle primero, replicó Zacarías, *nec diabolus...* por ahí le anda. ¿Tratas tú de convertirme, ó no, buen hombre?

— Sí, yo me convertiré; decidme lo que quereis que haga, respondió el judío, que queria ganar tiempo.

— Loado sea Dios, que alumbra el alma del impío como tú, *anima impiorum*. Varias conversiones he hecho en mi vida, y en todas ha tenido mas parte el espíritu del convertido que mi elocuencia, y eso que me he valido hasta de dar tormento para convencer. *Idest ossa ejus perfringam*.

— Yo, dijo el judío mirándole aten-

tamente, confio mucho en vos; soy hombre rico, almojarife del rey de Aragon, y os he tomado aficion desde que os ví, tanto por vuestra inteligencia y erudicion quanto por vuestra caridad infinita, y quisiera conferenciar con vos particularmente acerca de los misterios de la religion &c., puesto que estoy muy decidido á convertirme pronto.

— Bendita sea la Providencia divina, que al fin salvará al pecador, exclamó Zacarías: vas á morir quemado lo mismo que antes, pero ¡qué importa! ¡Ah! echar ahí leña, y atizar eso, prosiguió con entusiasmo. ¡Qué importa! continuó Zacarías: es una obra de caridad, porque tu alma irá asi blanca como la de un angel. Bien puedes agradecermelo, que asi mueres en gracia de Dios. Esto sí que se llama hacer una obra de misericordia.

El judío torció el gesto, poco gustoso con la caridad de aquel bendito varon, que acababa todos sus discursos con que era



preciso quemarle. Con todo, no queriendo abandonar el campo sin poner en uso cuantos ingenios le sugiriese su imaginacion, pensó que quizá la esperanza de lo que podia ganar con salvarle, hiciese cambiar de ánimo á Zacarías. Era el judío quizá uno de los hombres mas sabios de su siglo, y tenia entre otras la cualidad de conocer á la primera ojeada el alma de aquel á quien se detuviera á observar, formando sus juicios con tanto tino y tan buen acierto que muy rara vez se equivocaba en ellos, y pudiendo disputárselas al mas afamado fisonomista de nuestros dias, aun sin escluir de la cuenta al mismo Lavateur en persona.

Habia, pues, observado á Zacarías, y al través de la máscara hipócrita con que se cubria este bandido habia logrado penetrar en su corazon. Parecióle que era aun mas avaro que religioso, y viendo que era el que alli llevaba la voz, intentó persuadirle á él solo, haciéndole grandes promesas, muy seguro de salir libre y aun

agasajado por todos si llegaba á merecer su beneplácito.

—¡O hombre piadoso, le dijo con esta intencion, si tú supieras cuánto agradezco tu compasion! Justo es, no hay duda, y muy cristiano, querer que se salve el alma del pecador; pero yo tengo algunas dudas sobre ciertos puntos de mera doctrina, y desearia que hablásemos los dos aparte de esta materia. Tú mejor que nadie, sacratísimo varon, respetable como Moisés en el desierto, sabes mejor que nadie cuán útil es la soledad y la meditacion en asuntos tan graves, y asi yo desearia, ¿qué digo? yo te suplico humildemente que mandes apartar á estos que tú llamas hermanos tuyos, y que son tan intrépidos por lo menos como los siete Macabeos. Quizá yo encuentre medios de manifestarte mi eterno agradecimiento.

Era Zacarías harto ladino y truan para no conocer el blanco adonde disparaba sus tiros aquel descreido hebreo; pero no queriendo desperdiciar aquella ocasion



de echar la soguilla á la vaquilla, como se suele decir, sin darse por entendido mandó á los otros que se alejasen bajo pretexto de su conversion, diciendo que ya que habia de morir, justo era se le concediese tan pequeña gracia como la de hablar con él un momento. Sin embargo, y para no perder tiempo, encargó al tío Tinieblas la conversion de los otros tres, pero sin hacerles daño alguno hasta que él no estuviese presente, pues no queria dejar de presenciar un auto de fé de tanta pompa como el que se preparaba.

Quedáronse entonces solos el judío y Zacarías, mirándose uno á otro como dos tigres que se temen y dudan quién empezará la quimera, cada uno maquinando lo que debia decir, puesto que el judío era el que mas ocupado de esto se hallaba.

—Os he llamado á solas, le dijo, respetabilísimo varon, porque me ha parecido que asi nos podemos entender mejor. Yo quisiera... á la verdad... prosiguió

interrumpiéndose, viendo que Zacarías estaba tan embebecido en sus rezos que era imposible que le escuchase. Ya veis... morir quemado no es cosa que puede gustar á nadie. Yo soy rico, muy rico.

Zacarías le miró de reojo, y continuó con sus oraciones.

— Sí, prosiguió el judío, que no habia dejado caer en saco roto la mirada del convertidor. Sí, sin duda, lo que es doce y aun quince mil bezantes bien podia yo dar por mi vida.

— ¡Quince mil bezantes! Rico sois.

Padre nuestro, prosiguió Zacarías entre dientes.

— Aquí mismo podria yo hallar quien me prestara por lo menos la mitad de esa cantidad.

— La mitad ¡eh! ¡jem! respondió Zacarías, como si tuviese carraspera. Hijo mio, no perdais tiempo, mirad que es preciso que os encomendeis á Dios, porque vais á morir quemado. Dios te Salve María, continuó bajando la voz.



— Mi vida, prosiguió el judío, no la perdería yo por tan poco precio si entrásemos en tratos: por otra parte, ¿qué fruto sacaríais de quemarme? Un hombre como tú...

— ¿Por quién me tomas tú, vil judío? repuso Zacarías irritado. ¡Ave María! sufrir yo un insulto semejante, entrar yo en tratos con este Jeroboan *Jeroboanis Rex*, como dice el texto: ¡con que quince mil bezantes! Santa María, *ora pro nobis*, murmuró de nuevo continuando su rezo.

— Quince mil y aun algo mas, prosiguió el judío sin alterarse, en moneda de oro de buena ley.

— *Sed ne nos inducas in tentatione*, profirio Zacarías alzando un poco la voz: ¡ó amalecita desvirtuado! ¡mal aconsejado hebreo! ¿en monedas de oro? *Sed libera nos à malo*. No, no hay remedio, dime que estás convertido y te hago quemar, que de todas maneras mueres. *Gracia plena*.

— Pero vos no me escucháis sin duda cuando decís eso, replicó el judío.

— ¿Cómo que no? respondió el moralista: he oído todo cuanto has dicho, y te confesaré que algunas de tus palabras me han parecido dignas de un hombre contrito. Mira, yo no te quiero mal, te he pinchado antes y voy á hacerte quemar, no tengas duda. *Tu est in conciliabulo demoniorum*, y es el latin mas corriente que he dicho en todo el dia de hoy. Quiero decir, tú eres brujo, y ademas, tú mismo lo has dicho, estás circuncidado. *Circuncidatus fuisti*, por lo cual, y por los crímenes que has referido, mereces la muerte. ¡Cómo ha de ser! ¡Estás ya arrepentido? Con todo, has de saber que yo no soy hombre de usuras ni de contratos, sino un humilde gusano, como debo ser, que no soy avaro... ni... ¡qué! el dinero para mí es lo mismo que si fuese tierra. ¿Con cuánto dijiste que podías contar? ¿Con quince mil bezantes?

\*



— Ciertamente, respondió el judío.

— Y aun con algo mas me parece que dijiste despues; yo, como estaba entregado á mis oraciones, quizá no oí bien.

— No, nada de eso; oíste perfectamente, replicó el judío.

— ¿Sí? Con que con algo mas: bueno. Pues no hay mas remedio que quemarte.

— Por el templo de Salomon, exclamó el judío, que no tienes piedad de mí.

— Hombre, yo bien quisiera, respondió Zacarías, pero nuestro capitan el Velludo es...

— ¿El Velludo? preguntó con alegría Abraham ( que asi se llamaba el judío ): ¡ oh ! si tu capitan estuviera aqui, estaba yo seguro de que nada me sucediese: ¿dónde está? dejad que yo le vea...

— Te engañas mucho si crees que le habias de seducir con dinero: ¡ *o pectora caeca!* que creo dijo Séneca hablando de un caso semejante que le sucedió con un moro. ¡ Bendito sea Dios! añadió cruzan-

do las manos: nuestro capitan tiene un corazon de acero, y con nada se le entornece. ¿Y tú darías quince mil bezantes por tí?

— Y la mitad mas por mis criados, añadió el judío.

— En caso que yo te salvase la vida, continuó Zacarías, ¿no es eso?

— Sin duda, veo que me entiendes.

— ¿Y qué seguridad darías de que habias de cumplir tu palabra?

— Una carta mía para uno de mi tribu en Olmedo, que os daría la mitad ahora, y la otra mitad despues cuando me dejaseis seguir mi camino.

— Voto á Deu, maestro, gritó el catalan, ¿qué fá, que está tanto tiempo?

— ¿Pues no tarda poco en convertirse? añadió el bizco. No fue mas larga la conversion del rey de Roma que convirtió San Marco.

— ¡Ea! aqui no nos importa un bledo que se condene ó que no, gritó otro.

— ¡Al fuego! ¡al fuego con él!



-- Que se consume la hoguera.

-- Ya lo oyes , le dijo Zacarías ; con todo , asi Dios me salve como quisiera salvarte : tus últimos lamentos han llegado á mi corazon.

-- Basta ya , tiempo le queda en el camino para convertirse , gritaron todos.

Y echándose sobre el miserable judío , le arrebataron en volandas á despecho de sus súplicas , y las voces de Zacarías , que les rogaba le dejasen solo un momento con él para acabarle de imbuir su doctrina , pues le llevaba ya muy adelantado. Nada pudo calmar la irritacion de aquella desenfrenada tropa.

El pobre Abrahan gritaba , lloraba y se arrancaba mechones enteros de sus barbas , sin que nada les conmoviese. La misma voz de Zacarías fue desoída , y sin duda hubiese sido el pobre hebreo víctima de la ferocidad de aquellos salvages si el capitan en aquel momento no hubiese llegado alli seguido de su fiel Sa-

gaz. Pararon todos, al punto que le vieron, en su algazara, tal era el miedo que le tenían, pero sin soltar por eso al desventurado hebreo, á quien quemarian al cabo de todas maneras, no siendo de suponer que el capitán le perdonára la vida cuando supiese sus crímenes y examinase por sí mismo el espantoso animal, causa y origen de aquel motin.

-- ¡Por la Virgen de Covadonga! ¡Vive Dios, exclamó el capitán, que vais á poner fuego al bosque! ¿Á qué viene esta hoguera? Pues voto á Judas, que se achicharra uno con el calor que hace por esos campos, ¡y estais vosotros encendiendo lumbre! ¿Quiénes son esos hombres que teneis ahí atados, tienen tercianas, ó á qué diablos los arrimais ahí al fuego?

-- Mi capitán, respondió Tinieblas, son judíos, y no valen la pena siquiera de que pensemos en ellos.

-- ¿Y esas armas que estan rodando por el suelo, y esas cajas abiertas, qué significan? preguntó el Velludo.



-- ¡Señor Velludo! ¡señor capitán!  
 ¡Favor! ¡favor! oidme una palabra no  
 mas. ¡Favor! clamó al mismo tiempo el  
 hebreo con un eco de voz tan lastimoso,  
 que no pudieron menos todos de conmo-  
 verse.

-- ¿Qué es eso, buen hombre? pre-  
 guntó el capitán acercándose á él. Por  
 todos los Santos juntos apagad ese fuego  
 pronto, ó nos vamos todos á derretir.  
 Buen hombre, parece que os habeis que-  
 dado gafo: ¿qué armas son esas?

-- Dejadme que os diga una palabra  
 al oído, una palabra no mas, contestó el  
 judío.

--Pues bien, decidla, respondió el ca-  
 pitán.

--Haced que me desaten primero, te-  
 ned compasion de mí; pero no, sabed...  
 inclinaos algo mas...

--Soltadle, por la Vírgen de Covadon-  
 ga, que estais ahí cuatro hombres para  
 sujetar á un viejo. Acércate acá, pobre  
 diablo. ¿Qué tienes tú que decirme?

El judío, viéndose libre de manos de sus opresores, se llegó á él, y en hablándole muy quedito, el rostro del capitán pareció tomar un aspecto cuidadoso, como si lo que le decia le causase mucho interes.

--¿Aragon? dijo el judío.

--Y Castilla, contestó el capitán.

--Esa es la seña, repuso Abraham.

--Ea, muchachos, desatad á esos infelices pronto, gritó el Velludo volviéndose hácia su gente, y cuidado con que se les devuelva cuanto se les ha quitado, no sea que tenga yo que registrar á alguno: vamos, ¿en qué estais pensando?

No pudieron menos los bandidos de espantarse de la orden de su capitán, viendo que no solo no se contentaba con aguarles la fiesta, sino que tambien queria privarles de lo que habian legalmente adquirido. Un rumor sordo se esparció por toda la asamblea, y todos empezaron á murmurar contra él, unos con otros re-



funfuñando, bien que en voz baja, no atreviéndose á mostrar á las claras su descontento. La voz, empero, subia ya de punto, el descontento se manifestaba á las claras por los mas atrevidos, y el Velludo empezaba á encolerizarse.

-- Voto al Santo mas alto, dijo poniendo mano á su hacha, canallas, que el primero que chiste le arranque yo mismo la lengua. Pronto á hacer lo que os he mandado, y cuidado con que lo repita segunda vez.

-- Señor, repuso el judío, yo doy todo por bien perdido con tal de haberos hallado tan á tiempo, y les hago don de cuanto han tomado con solo que me devuelvan mi caja de boj con los enseres que tenia dentro y mis libros, que es lo que mas aprecio en el mundo.

-- Considerad, dijo Zacarías acercándose al oido al Velludo, que es un hebreo muy rico, y que es mágico. Dios no permita que yo contradiga vuestra voluntad, pero no sería malo que... Á mí

ya me prometia quince mil bezantes: hablo para los muchachos.

-- No necesito de consejos de nadie, le respondió el Velludo con un bufido. Perros, prosiguió con voz de trueno dirigiéndose á los demas, á hacer lo que he dicho: aqui nadie manda mas que yo.

-- Tambien es bueno, dijo el bizco, que no hemos de hacer una presa que valga algo... Pues si todos fueran de mi parecer, por Santiago que habiamos de cambiar de capitan y...

No lo dijo tan bajo que no le oyera el Velludo, y alzando el hacha á dos manos iba ya á descargársela encima y á rebanarle sin duda en dos, cuando al llegar cerca de él, viéndole que se atrevia á ponerse en defensa con su alfange, y considerándole quizá indigno de emplear en él su terrible arma, bajó el hacha, y tomándola en la mano izquierda, con la derecha le asió del pescuezo con tanta fuerza que no le dejaba gañir, y levantándolo en alto como quien alza una paja, le arrojó de



sí con tal fuerza, que el pobre diablo cayó despatarrado en el suelo, á mas de una vara de distancia, sin movimiento.

Quando llegaron á ver qué tenia, la sangre le salia á caños por ojos y narices medio reventado del golpe.

Callaron todos maravillados, mirándose unos á otros, asombrados de la prodigiosa fuerza de su capitán, mientras él, con la misma sangre fria y serenidad que si acabase de beber un baso de agua, volvió á intimar sus órdenes con mucha calma. Apresuráronse todos á poner al pie de un árbol cuanto habian quitado al judío, y no fue el último Zacarías, que presentó la caja de boj, puesto que la bola de cristal no se pudo encontrar de ningun modo habiendo sido echada al fuego, tal vez con la sana intencion de quemar al diablo, si era posible, en aquella pulga.

-- Ahí está la dichosa caja, dijo Zacarías al tiempo de devolverla. No quiera Dios que yo me haya inficionado con to-

carla. Yo os protesto que cuanto hay en ella es cosa de brujería.

— Mas brujería y mas infamia, replicó el Velludo con indignacion, es hacer una criba del cuerpo de un hombre que no os ha hecho mal, ni tiene manos para defenderse.

Zacarías le echó una de aquellas miradas á él peculiares, que el Velludo no echó de ver, y se retiró á un lado sin responder haciendo que rezaba, pero es creible mas bien que se las jurara en secreto.

El judío entre tanto no quiso tomar de sus efectos sino lo mas necesario, temeroso tal vez de que aquella desalmada gente le acometiera de nuevo sin respeto á las órdenes del capitan y le saliese peor la cuenta. Miró sus papeles y libros muy detenidamente, y hallando algunas hojas rotas, no pudo menos de suspirar, sobre todo cuando vió que le faltaba el cristal de aumento, y que le habian descompuesto la péndola. Por último, y despues



de haber cargado la mula con los cajones, dadas las gracias al Velludo, y despedídose de la compañía, que le prodigó cuantos dicterios pueden imaginarse, echaron á andar acompañados del capitán, que parecia tener mucha familiaridad y confianza con don Abraham.



---

**CAPITULO XXI.**

---

Con el bálsamo curóse  
á sí mismo las heridas ;  
de esta manera hablando  
facian mas corta la via.

(Anónimo.)

**L**A alegría del leon que fuera de su jaula se ve libre de pronto, corre el llano, traspasa el monte y atraviesa el bosque, asombrado él mismo de no hallar pared ninguna que detenga su voluntad, que ora mira al cielo, ora ruge, sacude su melena, corre, pára y se estremece de júbilo, no es mas viva que la del sabio judío al verse libre de aquella horda de caribes que intentaban devorarle, y él en su corazon no pudo menos de compararla con la que sentirian los israelitas cuando tragó el mar rojo los ejércitos de Faraon.

-- El Dios de Jacob no abandona



nunca á sus elegidos, dijo despues de un rato de profunda meditacion.

-- Bien puedes dar gracias á Dios, respondió el Velludo, que sino llego á tan buena hora te tuestan como á un cochinitillo.

-- Sí, amigo mio, respondió Abraham; veo que tienes á tus órdenes soldados mas feroces que los del impío Nemrot; pero tú eres justo y generoso, y quisiera pagarte con algo el servicio que acabas de hacerme.

-- Judío, replicó el capitán, yo conozco tu buena voluntad y te lo agradezco, pero he jurado no tomar premio de nadie sin haberlo merecido: lo que he hecho por tí no ha sido arriesgado, y ya sabes ademas que me iba á mí poco en que te quemaran ó no.

-- Sí, es cierto, respondió el judío; pero vosotros los cristianos no haceis nada por nada, y cuando encontrais algun israelita que desollar, pareceis perros hambrientos en la codicia que teneis de arran-

carle cada uno un pedazo. Con todo, tú te has portado hoy con piedad, y has salvado la vida del despreciado judío.

-- A mí, repuso el Velludo mirándole con desprecio, me basta mi espada para vivir holgadamente, y no tengo que andar con brujerías, trampas y engaños para llenar mis arcas como tú, y tu raza; cuanto mas que, la verdad sea dicha, no soy amigo de despojar al rendido. Dicho esto cesó la conversacion, y largo rato caminaron sin hablar palabra, el Velludo con ademan pensativo, y el viejo hebreo dando tal vez algunas órdenes á sus criados en un idioma desconocido para el capitan, mientras el mozo de espuela, que habia vuelto á desempeñar su empleo, llevaba la mula de carga del diestro y divertia su camino con sus canciones.

-- ¿Queda mucho aun para el castillo del señor de Iscar? preguntó el judío al cabo de algun tiempo.

-- Como cosa de un cuarto de legua, respondió el capitan.



-- Creo que ha de ser pobre ese castellano, dijo Abraham con indiferencia, y que sus vasallos se reducen á sola la guarnicion de la fortaleza.

-- Asi es, replicó el Velludo; pero aunque él y yo no nos queremos mucho, debo decirte que es un caballero como hay pocos, y que su tropa está compuesta de veteranos de nombradía.

-- El de Cuellar tengo entendido que se las puede disputar al rey en poder, ¿no es asi? preguntó el judío.

-- Venís bien enterado sin duda para venir de tan lejos: es hombre que puede dar al rey mil lanzas como un hombre solo.

-- Calló de nuevo el judío, que no parecia poner el mayor interes en la conversacion, y el capitan, que no era hombre de muchos recursos para sostenerla, calló asimismo, y anduvieron algunos minutos sin otro ruido que el canto del guia y las palabras que usaba de cuando en cuando para arrear las caballerías.

-- Serian entonces las dos de la tarde, y el calor era irresistible. El hebreo, que hasta entonces en el exceso de su alegría no habia cuidado de sus heridas, empezó á sentir tales dolores en sus espaldas que no pudo menos de tirar del freno á la mula y pararse para echar pie á tierra. Su voz detuvo á su comitiva, que caminaba delante, y volviendo todos la cabeza á ver qué les queria, le vieron cambiado enteramente el color, casi exánime, y sin tener fuerza apenas para apearse. El Velludo, que iba á su lado, le ayudó á desmontarse tomándole entre sus brazos, y le condujo al pie de un árbol que hacia alguna sombra alli á un lado, con la misma soltura y facilidad que si fuese un niño chiquito. Los demas echaron tambien pie á tierra, y entregando al mozo de mulas las caballerías, se sentaron á su alrededor.

--Benjamin, amigo mio, dijo el hebreo con voz muy debilitada y flaca dirigiéndose á uno de sus criados, tráeme esa calabaza que va colgada del arzon de la

\*



silla, en que llevo cierto licor precioso que me fortificará y dará aliento para seguir el camino. El criado se levantó para obedecerle, y en habiéndole traído la calabaza, el judío bebió un trago y pareció recobrase.

-- Es mucho hombre mi buen Zacarías, exclamó el capitán mirando la espalda desnuda del judío, que se quitó en seguida su gabardina. Por la Virgen de Covadonga que solo ese maldito hipócrita tiene alma bastante para cometer semejante infamia. Si siquiera te hubieran matado de un golpe, pase; eso lo haría cualquiera; pero agujerearte de esa manera, voto á Santiago que no me se hubiera ocurrido nunca.

En efecto, la espalda del judío estaba listada de la sangre que habia corrido de cuatro ó cinco pinchazos que en diferentes partes tenia. Ninguno era mas hondo de medio dedo, pero la sangre se habia amontonado y coagulado allí, y los labios que habia abierto el cuchillo esta-

ban ya negros, al mismo tiempo que la parte sana habia tomado un color cárdeno como el de un lirio. Todos los criados del judío hicieron grandes pasmos al ver á su amo tan maltratado, mientras éste, ya mas repuesto, con estóica imperturbabilidad no daba siquiera un quejido, no obstante los agudos dolores que le afligian.

--Lavadme esas heridas con este mismo licor, les dijo alargándoles la calabaza. Lo que habiéndose ejecutado, hizo algunas hilas de su camisa, y mojándolas en el bálsamo mandó que las entrasen en los agujeros. Hecho esto volvió á vestirse con mucho sosiego, dejando admirado al Velludo de su serenidad y manera de curarse que habia tenido, y montando otra vez cada uno en su mula prosiguieron su camino en silencio. El primero que le rompió fue otra vez el judío.

--Calor hace, amigo Velludo, pero tú ya estarás acostumbrado: ¿hace muchos años que andas en este pais?

--De aqui á un mes, para el dia de



la Virgen de setiembre, hará ocho años, respondió el capitán.

-- Mucha fama tienes en todos estos contornos, añadió el judío, y siento á la verdad que sea... Abrahan se detuvo al llegar aquí, como si temiera desagradar al Velludo finalizando su frase; pero éste, mirándole con cierta sonrisa desdeñosa,

-- Acaba, dijo: ¿sientes que sea de un capitán de bandidos, no es esto?

No pudo menos el judío de estremecerse del tono irónico del Velludo, que habia entendido tan perfectamente lo que dejó por decirle, y aquel prosiguió diciendo:

--Si tú, mal hebreo, mirases los hombres por lo que hacen, y no por lo que de ellos se cuenta, cualquiera mala opinion de mí que te hubieran hecho concebir por ahí, debias haberla mudado al ver mi comportamiento.

--Yo te juro y protesto, respondió Abrahan, que no he querido decir lo que tú has supuesto.

--Basta de eso, repuso el Velludo con

aspereza ; á vosotros los judíos os sucede lo que á las mugeres , que no teneis mas que lengua y no podeis ofender. Abraham cambió la conversacion y continuó:

-- He oido decir que ha habido época en que has tenido á tus órdenes mil quinientos , y aun dos mil hombres.

-- Asi es , repuso el Velludo ; pero no todos los tiempos son unos.

-- Eso habrá sido cuando las revueltas del rey don Sancho contra su padre. ¿Te decidiste tú por algun partido ?

-- Por los dos y contra los dos muchas veces, conforme me convenia.

-- Ahora, prosiguió el hebreo pregunton , no podrias poner tanta gente sobre las armas.

-- ¡Oh! y mas: lo que me falta es dinero para mantenerla; pero dejad que se dé el grito por los Lacer...

-- ¡Chis! interrumpió el judío poniendo el índice de su derecha en sus labios, indicándole que callase. Tras de una piedra se suele esconder un hom-



bre; y volvió á un lado y á otro la cabeza como receloso. El señor de Cuellar creo que es muy temido en estos contornos, continuó preguntando.

-- Será temido de quien le tema, respondió el Velludo con altivez.

— Ya; pero si aqui... supongamos, lo que sin duda está lejos de suceder, si aqui se sublevara algun pueblo, ó mas, él solo con su gente bastaría quizá á sofocar la insurreccion. ¿No es cierto?

-- Lo que él habia de cuidar sería de no perecer en su intento si tal trataba, respondió el capitán, y mas si andaba en la danza quien yo me sé.

-- ¿Y por qué?

-- Porque sí, repuso el Velludo; porque si tú tienes tus secretos, tambien yo tengo los míos, y ahora á Dios, que ya aqui nada teneis que temer, y yo me vuelvo con mi partida.

-- Lado sea el Dios de nuestros padres, que al fin de tantos peligros nos ha traído á puerto de salvacion, dijo el ju-

dío á tiempo que llegaron al pie del cerro sobre que está fundado el castillo de Iscar. Buen hombre, continuó dirigiéndose al capitán, no te vayas, que no se ha de decir que te apartaste de mí sin darte siquiera una pequeña prueba de mi agradecimiento. Toma esta caja, añadió alargándole una muy pequeña de madera llena de un unguento aromático, ahí tienes lo que no se compra con todo el oro de Salomon. Si alguna vez te hieren, por peligrosa que sea la herida no dudes que al momento se cerrará con solo que apliques un poco de esa composición milagrosa.

-- Hombre habria, respondió el Vellido, que sería mas escrupuloso que yo en aceptar tu regalo, y que daría por cierto que habia en él algo de magia, lo que yo ni dudo, ni creo. Pero á mí me parece que me lo das de buena gana, y no debo desconfiar de tí.

— Yo te juro que todas las coronas de los monarcas del mundo no pagan las



virtudes que encierra ese unguento. Es una de las bendiciones que Dios se sirvió echar sobre su pueblo.

Diciendo así, tornaron á despedirse; el Velludo se guardó su caja en el gorro, y alejándose de ellos, se perdió al momento de vista, entre tanto que los viajeros, despues de haber respondido á la seña del castillo, empezaron á subir la eminencia.

El centinela que les dió la voz de alto, comunicó á Nuño la respuesta del judío, diciéndole que era un médico extranjero que pedia permiso para hospedarse hasta que refrescase la tarde, y pudiese seguir con mas comodidad su camino.

— Ese será algun charlatan, dijo el cantor, que acertó á estar por alli, y que vendrá ahora á echarla de médico.

Basta que el poeta dijese que era un charlatan para que Nuño sostuviese lo contrario.

— ¿ Y de dónde sacas que ha de ser un charlatan? replicó lleno de enfado. No sabeis mas que poner faltas. Pues yo es-

toy seguro que te equivocas, y apostaré ciento contra uno á que es un excelente médico.

— Tan sabio como tú ¡ ja! ¡ ja! respondió el cantor soltando una carcajada.

— No, será un burro; basta que tú lo digas, respondió Nuño con cólera. El demonio del mentecato; ¿pues no se le ha metido en la cabeza que ha de entender de todo?

— No se puede hablar contigo, respondió el poeta, sin reirse de tus necesidades.

— Ni contigo, repuso Nuño, sin rabiarse. Bajad el puente levadizo y que entre, prosiguió dirigiéndose al centinela, y veremos si es ó no tan buen médico como me pienso.

— Mira, lo que te encargo es que esperimentes su ciencia en otro primero que en don Hernando, dijo el poeta, no sea que...

— Haré lo que me dé gana, replicó Nuño.



Con esto, y habiéndole obedecido la tropa, el judío, sus criados y caballerías entraron en el castillo, con grande asombro del cantor, que al ver la desenvuelta frente y aspecto pensativo de don Abraham, no pudo menos de temer verse chasqueado en su contienda con Nuño, de lo que éste en adelante no dejaría de aprovecharse para zaherirle.



---

**CAPITULO XXII.**

---

É llegado al puerto de Alejandria,  
el fisico astrólogo en ella salia,  
é á mí fue llegado cortés con amor.  
(*El lib. del Tesoro de Alon. X.*)

**E**L judío subió á un salon del castillo acompañado de Nuño, adonde á poco rato le sirvieron algunos refrescos y varios manjares que satisficieron su apetito y apagaron su sed. Hecho esto pidió ver al señor de la fortaleza, de cuya enfermedad le habia informado ya Nuño mientras comia, dando rienda suelta á su deseo de hablar en la detenida pintura que le hizo del estado peligroso de don Hernando. El judío le habia escuchado en silencio, y luego que hubo acabado Nuño, salieron del cuarto y se encaminaron á la habitacion del herido. Acababa éste



de salir de uno de aquellos delirios que le sacaban fuera de sí, y estaba entonces con bastante razon para responder acorde y tomar parte en cualquiera conversacion, por lo que el sabio hebreo se acercó sin temor á su cama, y despues de las generales de entrada, palparle la frente y tomarle el pulso, se sentó junto á él á la cabecera.

— Tu mal, le dijo, proviene mas de la agitacion en que está tu espíritu que de ninguna indisposicion fisica, y lo primero que hay que hacer ahora es cortar la calentura, para acudir despues á los remedios que necesita tu alma.

— El remedio único es la venganza, respondió el enfermo, y no hay médico que me cure sino puede proporcionarme los medios de satisfacerla.

— Quizá te traiga yo ese remedio, replicó el judío, y tal vez tengo en mi mano el darte lo que tú mas deseas.

— ¿Sí? repuso el señor de Iscar incorporándose en el lecho; pues devuelve-

me el honor, y haz que lave el borron que sobre mi tengo con la sangre de mi enemigo.

-- Sosiégate, y no pienses por ahora en eso, respondió el médico; primero es curarte, y despues veremos lo que hemos de hacer.

Y habiéndole traído uno de los criados una copa con agua, sacó de un bolsillo de su gabardina un pomito de barro oloroso que destapó, y de que echó en la copa dos ó tres gotas de algun elixir que contenia, hecho lo cual lo revolvió algunos minutos con una pluma, y se lo dió á beber al enfermo. Mandó en seguida que le arropasen bien y cerrasen las puertas, sin dejar entrar á nadie, encargando sobre todo que no se metiese ruido por alli cerca, pues el herido iba á hacer un sueño, que sino era interrumpido le daria la salud. Obedecieron todos sus órdenes, y salieron cuantos alli estaban menos Nuño, que se encargó de velar á su amo por si despertaba ó necesitaba



de alguna cosa. Pasáronse así cuatro horas, que don Hernando durmió de un tirón, y cuando Nuño salió á avisar á don Abrahan que viniese, halló al enfermo fuera de todo peligro, recobradas en parte las fuerzas, y deseando saltar de la cama.

-- Voto á Luzbel, dijo cuando vió entrar al médico, que cura mas milagrosa no se ha hecho en la vida: voy á levantarme de la cama ahora mismo, y mañana creo que ya podré montar á caballo.

-- Y en seguida mandar que te abran la sepultura, respondió con mucha calma el judío: si tal hicieras creería que lo habias hecho por quitar la fama al médico, y que eras hombre desagradecido.

-- ¡Con que todavía tengo que estar-me aqui un mes? ¡Cuerpo de Cristo, que mas quisiera en ese caso haberme muerto, y estar ya comido de los gusanos!

-- Sosiégate, repuso Abrahan, que pronto te has de alegrar de estar vivo mas de lo que tú crees.

-- ¿Y mi hermana? ¿y el ladrón de Saldaña? ¿y mi venganza? ¿Qué medios son, judío, esos que me prometiste para vengarme de mi enemigo?

-- Ya veo, replicó Abraham, que tu enfermedad ha degenerado en locura, y en ese caso es inútil hablarte de la comisión que me ha traído á tu castillo.

-- ¿Una comisión? preguntó el señor de Iscar con estrañeza: ¿una comisión? tú, un médico, ¿para mí? ¿Tal vez de Aragon? acaso... pero no, el que yo esperaba no es médico.

-- Hay muchos que son mas de lo que parecen, replicó el judío, y otros que parecen lo que no son. Con todo, lo esencial ahora es que recobres tu juicio, y hallarás tal vez en mí al que aguardabas.

-- ¿Eres tú el judío don Abraham, mensajero del rey de Francia y del de Aragon, y á quien me dijeron habian encargado que se avistase conmigo?

-- Ciertamente, el mismo, respondió el judío, y aqui tienes, añadió alargándo-



le unos pergaminos que traía enrollados en la mano izquierda, los títulos de mi embajada.

-- No, te escusas de dármelos, replicó el caballero, porque no sé leer, y además te creo como si los leyera.

El judío le echó una mirada entreverada de desprecio y lástima, como apiadado de su ignorancia.

-- Asi es, le dijo; vosotros los caballeros cristianos desdeñais cultivar la parte mas noble, y en que mas semejanza tiene el hombre con la divinidad, y os ejercitais en juegos de fuerza, y en los demas oficios en que mas relaciones tiene con los animales.

-- Palabras son esas, respondió el caballero mirándole, que si no las hubiese dicho mi médico y mi aliado, le habia de haber costado á otro cualquiera una hinchazon de pescuezo; pero las has dicho tú y te perdono, además, por lo poco entendidos que sois los judíos en lo que nosotros llamamos honra.

Dicho esto, Abrahan sin responder palabra empezó á leer traduciendo del latin los encargos principales de su comision, que reducidos y compendiados venian á ser los siguientes. Primero, verse con los conocidos por enemigos de Sancho el Bravo: segundo, hablarles de los Lacerdas, hijos del príncipe don Fernando, y obligarles á tomar las armas en su favor contra don Sancho, á quien se debia destronar, proclamando por su rey al mayor de los dos hermanos, sin duda por áquello de que no nos ha de faltar nunca rey que nos mande ni papa que nos descomulgue; y tercero y último, encomendar el mando de las tropas leales al que eligiesen los principales caudillos, haciendo de modo que esta eleccion cayese en don Hernando de Iscar, á quien seguramente mirarian todos con gusto como á su gefe.

Todas estas determinaciones y otras varias estaban tomadas por dos reyes al parecer en paz con don Sancho, puesto que

\*



su nombre no andava como se suele decir de oficio en ninguna de ellas, y ellos podrian echar el cuerpo fuera cuando todo saliese mal, lo que hacia algo peliagudo el cargo del diplomático.

Tal era esta intriga, que prueba lo antigua que es en el mundo esa tan poderosa ciencia de la mentira, la tramoya y la desvergüenza, que ha valido tanta fama á un príncipe aleman de nuestros dias, y á otros varios manufactureros de protocolos. Era nuestro judío uno de aquellos hombres á quien si hubiera vivido en nuestro tiempo hubiéramos honrado con el título pomposo de grande hombre, y que no habria dejado de dar que hacer últimamente, y de medírselas con el veterano Talleirand, ó por otro nombre el embrollo personificado, á haber tenido la dicha de vivir en este siglo y la sobre todas digna de envidia de ser miembro de la conferencia de Londres. Sabia perfectamente la cuenta que le esperaba si su empresa probaba mal, en cuyo caso, tan

to S. M. Monsieur rey de Francia como su alteza el de Aragon le dejarian en las astas del toro, sacrificándole, si era preciso, para que no se interrumpiese en ninguna manera la buena armonía que reinaba entre estos dos monarcas y el de Castilla. Figurábase ademas el astuto hebreo que su amo el de Aragon queria mejor hacer mal al de Castilla que proteger los Lacerdas, á quienes tenia encerrados en Játiva mas en calidad de presos que de príncipes aliados; y asi por esto, como por no esponerse, habia tomado sus medidas para complacer al que le enviaba, y no perder la cabeza en caso de que estallase á mala hora la proyectada conjuracion.

Muchos eran no obstante los partidarios ya ocultos, ya declarados de los nietos de Alfonso el Sabio, particularmente en Castilla, donde habia de romper la revolucion, por lo cual, y las buenas tropas que podian aquellos poner en armas asi como el populacho, en todos tiempos ami-



go de alborotos y mudanzas, que sin duda engruesaría sus filas, era dudoso á cuál de los dos partidos daría razón la victoria.

Mucho tiempo había pasado desde que comenzó esta trama, y las promesas hechas por segunda mano en nombre del rey de Aragon, ya de ayudarles á mano armada, ya de protegerles en caso de algun revés, habían producido el efecto que se deseaba, animando á los indecisos, fortaleciendo á los tímidos, y dando materia á los animosos para que inspirasen confianza á todos y estendiesen voces y noticias, que tenían alborotada la gente. Era el de Iscar, como puede suponer el lector, uno de los primeros y mas intrépidos conspiradores contra don Sancho: su valor, y sobre todo la nombradía de su padre, no solo le habían atraído á la mayor parte de los señores castellanos descontentos de Sancho el Bravo, sino tambien la atención de los dos reyes sus protectores, que preferían entenderse mejor con él que con ningun otro, y habían comisionado

para llevar el ultimatum al sabio judío, no quedando ya otra cosa que hacer que enarbolar la bandera de la rebelion, y reunir al momento á los conjurados. Todos ellos estaban dispuestos y prontos para el dia que se señalase, y el punto de reunion, siendo el castillo de Iscar, la guerra debia empezarse por la toma del fuerte de Cuellar, cuyo dueño era el único enemigo temible que habia en aquellos contornos.

Cuando Abrahan concluyó su lectura y manifestó al de Iscar los muchos recursos con que se contaba asi de dinero como de pertrechos de guerra, la ambicion y el deseo de vengarse animaron de tal modo el corazon del intrépido caballero, que la alegría le rebosaba por todo su cuerpo, sintió duplicarse sus fuerzas, y exclamó lleno de entusiasmo:

— Mañana mismo es preciso romper. Voto á tal que no esperaba yo que fuese tan pronto; pero en fin, ya llegó el dia en que nos veamos segunda vez á caballo.



— Tranquilízate , respondió el judío, y ten mas juicio y prudencia si has de encaminar tu empresa á buen fin, porque de lo contrario creeré que no vales para mandar, sino para obedecer, y se lo escribiré asi á mi rey.

— Por vida del Cid, maldito judío, que si no mirara á Dios, estoy por hacer en tí un ejemplar, repuso el caballero con ira; pero...

— Cuanto vas diciendo, replicó Abraham sin alterarse, prueba mas cada vez tu inutilidad para el mando, y ya veo que tus razones desmienten la fama que te reputa de hombre capaz.

El caballero hizo un movimiento incorporándose sobre la cama como si intentara arrojar al atrevido hebreo; pero reprimiendo su cólera lo mejor que supo, no pudo menos de avergonzarse de sus arrebatos al ver la impasibilidad del judío, cuyos penetrantes ojos, clavados en él, le hicieron bajar los suyos y cambiar de color.

— Tienes razon, Abrahan; mi carácter es muy precipitado, y á veces injustamente colérico, dijo despues de un largo silencio: tú eres mas apto que yo para mandar; dirige tú esta empresa, que yo seguiré tus consejos.

— La docilidad en ciertos casos equivale al talento, y en este servirá para que yo temple con la nieve de mi avanzada edad el ardor natural de la tuya. Conozco tu entusiasmo por la justa causa que defendemos, tu valor, y los motivos particulares que te punzan para desear que llegue cuanto antes la hora de la venganza; pero ni tú estás en disposicion de calarle el casco, ni estan todavía reunidas las fuerzas con que contamos, y no es de tan poca monta el bienestar de la patria, que asi se arriesgue nuestra causa á perderse completamente y sin esperanza para el porvenir, cuando puede ser casi seguro el triunfo si tenemos paciencia por unos dias.

— ¡Paciencia! exclamó mordiéndose



los labios Hernando. ¡Cómo ha de ser!  
prosigue.

— Paciencia, sí señor, paciencia, prosiguió el judío. En primer lugar es preciso aguardar á que se reúnan los aliados y sepamos así por nuestros mismos ojos la fuerza con que contamos, y en segundo esperar la respuesta del de Lara, que por costumbre ó por gusto no hay año que no se rebele dos veces contra su rey, y á quien el rey de Aragon ha escrito, sabedor de sus disgustos con el de Haro, prometiéndole mil mercedes y el casti-  
llo de Albarracin si se pone de nuestra parte. Por lo demas, como nuestro primer objeto debe ser reunir mucha gente, no será malo al mismo tiempo que se trate con el Velludo.

— ¡El Velludo! preguntó el de Iscar con ceño.

— Sí; el Velludo es un capitán de ladrones, prosiguió el judío sonriéndose, pero tiene mucho nombre en este país, y puede poner de dos á tres mil hom-

bres sobre las armas cuando se ofrezca. Además es valiente y...

-- Por la Virgen, gritó Hernando sin poder contener su cólera, que no me habéis de semejante canalla, y juro á Dios que no me meta yo en nada y eche todo á rodar si tal bribon ha de venir á alternar conmigo. ¡Infame! que le he de ahorcar á él y á todos los demás de su cuadrilla, ó me he de borrar el nombre que tengo. Abrahan, mira bien lo que dices, porque esa gente ni tiene ley ni rey, y en cuanto á valientes, el caballero de menos ánimo es capaz de hacer correr en campo abierto mil juntos de esa villana ralea.

-- Tienes razon, replicó el judío luego que Hernando desfogó su cólera, y sé tambien que tienes motivos muy justos para aborrecer al Velludo; sé además que cierta clase de gentes hacen mas daño que provecho en cualquier partido á que pertenezcan; pero sin embargo la mucha gente es necesaria cuando se trata de



pelear, y el Velludo, aunque á la verdad sea un ladron, no deja de tener cualidades bastante raras en los de su oficio. Es valiente, sagaz, y yo tengo una prueba reciente de la bondad de su alma.

-- No me hables mas de ese hombre ó reñimos, repuso el señor de Iscar con ímpetu. Por vida de... ¿reunirme yo con un bandido? ¡Oh! es demasiado exigir: cuanto mas, que aunque por mí no fuera, no habria un noble que no se apartase de nuestro partido en cuanto supiese que semejante canalla componia parte de nuestro número.

-- Muy equivocado estás, respondió el judío sonriéndose; al contrario, ellos mismos han sido los que me han probado la necesidad que tenemos de él.

-- Pues entonces, digo que tales caballeros no lo son, y que no hay que contar conmigo, replicó don Hernando con entereza.

-- En ese caso, repuso el judío, quiere decir que abandonas tu propia causa

y te olvidas del testamento de don Alfonso, que dejando á sus nietos por herederos, os obliga á los grandes á sacrificar todo en defensa de sus derechos legítimos.

--No es eso, no me separo; pero quiero decir, que yo solo tomaré las armas, y me declararé contra don Sancho sin necesidad que nadie me ayude.

--¿Y tu venganza?

--¡Mi venganza! exclamó Hernando. ¡Cómo ha de ser! la tomaré yo solo, ó moriré.

El tono con que pronunció estas palabras dió á conocer al judío el carácter duro y tenaz del hombre con quien trataba, por lo que sin hacerle mas reflexiones cambió de conversacion.

--Paréceme, dijo, que dentro de quince dias á lo mas tendremos reunida toda nuestra gente de guerra. Ello es preciso empezar cuanto antes, porque ó don Sancho está ya en Valladolid, ó debe llegar hoy mismo, pues creo que tie-



ne algunas noticias de nuestra trama. -- Ya he dicho, dijo el de Iscar, que si por mí fuera saldriamos á campaña mañana mismo. Esta noche debe llagarnos algun refuerzo, y varios nobles de las cercanías con la tropa que han reclutado. Don Sancho tiene entretenida la mayor fuerza de su ejército en Andalucía, donde andan revueltos los moros, y la guarnicion del castillo de Cuellar, aunque bastante numerosa, ni es temible, ni tiene un buen gefe, á no ser que Sancho Saldaña saliese menos herido que lo que yo creo de nuestro desafio.

-- Calma en determinar y mucha espedicion y presteza en la ejecucion es lo que nos es ahora mas necesario, repuso el hebreo; sobre todo, yo es preciso que vea esta noche á esas gentes que aguardas, y tú que descanses, y que tu espíritu se sosiege, si has de tener parte en nuestras deliberaciones.

-- Pienso que no dejaría de ser útil enviar un espreso á los otros que han

de venir mañana, á fin de que apresuren su marcha.

-- Estoy en ello; ¿pero tienes algun hombre de tu confianza que...

-- Mi fiel Nuño, por quien pondria las manos en el fuego seguro de no quemármelas.

-- Me parece un poco hablador, replicó el judío, y podria quizá charlar mas de lo que sería conveniente.

-- No temas por eso, respondió el caballero, que yo salgo fiador de su silencio. Tú que sabes escribir le darás por escrito los mensajes que ha de llevar á los que yo te diré que saben leer, que creo son dos ó tres, y en cuanto á los otros, él tiene buena memoria y se los dará de palabra.

El judío meneó la cabeza en señal de que convenia, y Hernando llamó á su fiel Nuño, cuya voz se percibia en otra sala, como si mantuviese alguna disputa muy acalorada con un enemigo no menos testarudo que él. Los gritos eran tales que



hubo de llamarle su amo dos ó tres veces antes de recibir ninguna respuesta, hasta que por fin se le vió entrar todavía sudando, sin duda de lo mucho que habia gritado.

-- Hay una comision que desempeñar, mi buen Nuño, le dijo Hernando, y de aquellas un poco arriesgadas que á tí te gustan.

-- Asi es, señor; vuestro padre siempre me escogia cuando se trataba de algo en que hubiese peligro. En el año de mil...

-- ¿Hay algun tintero en el castillo? interrumpió el de Iscar.

-- ¿Tintero? repitió con mucha estrañeza Nuño; por vida mia que es instrumento de que he hecho muy poco uso en mi vida. Tengo cerca de setenta años, y creo que no he visto mas que uno, que es el que tiene nuestro capellan.

-- No hay para que buscar tintero, replicó el judío; yo traigo aqui el mio, que gracias á que es de cobre no se me ha estropeado en mis últimas aventuras. Voy al cuar-

to donde he comido y escribiré ; tú puedes dar los recados de palabra á este hombre, continuó dirigiéndose á don Hernando. La oscuridad va entrando, y á mi ver ha de ser ya cerca de prima noche á lo menos. De aqui á una hora podrá ponerse en camino, que ya tendré yo escritas las cartas.

Dicho esto salió de la habitacion dejando á Nuño con su señor, quien le enteró de todo con mucha satisfaccion del buen viejo, que casi lloraba de gozo al ver cuán cerca estaba el dia de volver á enristrar lanza, y al mismo tiempo muy pagado de la confianza que su señor le hacia encargándole tan importante mision.





---



---

## CAPITULO XXIII.

---

*Capitan.*

Este baston , por quien todos  
unánimes te obedecen,  
es la respuesta que traigo;  
ya nuestro caudillo eres.

*Duque.*

Gustoso, amigos, lo admito,  
y tanto me desvanece  
el mandar soldados tales,  
que á las vuestras y á mi frente  
el verde desden de Daphne  
aun no fecunda laureles.

*(Mas vale el hombre que  
el nombre.)*

*(Bances Candamo.)*

**T**ODAVÍA no empezaba á amanecer,  
cuando el sonido de una trompeta anun-  
ció la llegada al castillo de las tropas  
que se aguardaban, y el centinela, ha-  
biendo dado el aviso, bajaron algu-  
nos hombres de armas á reconocer-  
las. Comunicada la seña con que se en-

\*

tendian los conspiradores, se echó el puente levadizo al momento, y de allí á poco resonó el patio del castillo con las armas y estrépito de hombres y de caballos que traía en número de doscientos, y otros tantos de á pie, el joven señor de Toro, que descontento del rey habia abrazado el partido de los Lacerdas.

Otros varios señores fueron llegando asimismo, ya con mas, ya con menos número de tropas bajo su mando, de suerte que el castillo se trasformó en poco tiempo de un lugar de retiro, guarnecido de algunos pocos veteranos, en una ruidosa plaza de armas llena de soldados de todas partes, y donde todo era entusiasmo, voces y preparativos de guerra. Colocarónse todos lo mejor que pudieron en las anchas cuadras del fuerte, que por el corto número de la guarnición estaban desocupadas, con grande alegría de todos, que aunque la mayor parte sin saber fijamente por qué era aquel



movimiento, presumían que iba á haber guerra, y esto bastaba para tenerlos contentos.

Luego que amaneció dejó el judío la cama en que habria dos horas que se habia acostado, y despues de recorrer las cuadras é informarse del número de tropas que habia venido, pasó al cuarto del enfermo, á quien halló tan convalécido que le dió su permiso para que se levantase cuando quisiera. No aguardó don Hernando á que se lo repitiese segunda vez, sino que saltando en el mismo instante del lecho, empezó á vestirse al momento tan alborozado y alegre como un niño que va á estrenar un vestido. Cuando hubo acabado tomó el brazo del cantor, y razonando con el judío, que le acompañaba, salieron juntos del cuarto, y se dirigieron á otra sala, en donde estaban reunidos los gefes de las tropas recién llegadas. Todos se pusieron en pie en cuanto entró para saludarle: su rostro noble y su marcial

continente le daban cierto aire de superioridad donde quiera que se presentaba. Añadíase á esto su palidez, y la fama del combate que habia sostenido con Saldaña, y en que habia peleado con tanta igualdad con un hombre que tan nombrado era por sus fuerzas y extraordinario valor; todo lo cual aumentaba el respeto y el interes que su gallardía y noble ánimo podian inspirar por sí solos.

— Caballeros, dijo despues de sentarse en un sillón que un page le habia acercado, á grande honra tengo que mi castillo haya sido elegido por punto de reunion de tan intrépidos capitanes. Nada tengo que deciros de la justicia de nuestra causa, ni de las grandes ventajas que puede prometerse Castilla si la victoria protege, como es de esperar, nuestros estandartes y estando determinados á vencer, que asi será sin duda con poco que ayude la suerte nuestra osadía. Paso en silencio los grandes recursos que nos ofrece el rey de Aragon y el de Francia,



con cuya amistad y alianza sé que podemos contar fijamente, porque no hay necesidad de dar ánimo á corazones tan generosos como los vuestros, y solo creo que debemos determinar cuándo y con qué hecho de armas hemos de dar principio á empresa de tanta gloria. Vosotros, entre quienes veo con gusto capitanes cubiertos de canas y cicatrices, ilustres guerreros llenos de valentía y de experiencia, vosotros debéis decidir en materia tan árdua, puesto que del principio de nuestras operaciones depende sin duda el buen éxito de nuestros planes. En diciendo así tendió la vista á su al rededor, miró despues al judío, que parecia á un lado muy pensativo, y aguardó á que alguno diese su parecer sobre la cuestion que les habia propuesto. El primero que tomó la palabra fue el judío, y dijo:

— Valientes capitanes, generosos defensores de la horfandad desvalida, si mi barba blanca como la de nuestro padre Abraham...

Todos hicieron un gesto de desagrado, y el judío prosiguió:

—Si mi carácter de enviado de los dos poderosos reyes de Aragon y de Francia me dan derecho para hablar delante de vosotros, y dar mi parecer acerca del primer paso que ha de darse al estallar nuestra conspiracion, faltaria yo á la confianza que haceis de mí si os ocultase mi opinion, ó la disfrazase por miedo de disgustaros. Empero cuando contemplo delante de mí tantos y tan ilustres campeones criados en las armas, maestros en ardidés de guerra, y tan famosos por su valor como por su esperiencia, no puedo menos yo, un pobre judío, que ha dedicado toda su vida al retiro y al estudio de las ciencias, que por su religion y su clase no puede jamas compararse con el mas ínfimo de vosotros...

Los ojos de todos se volvieron á él con desprecio.

—No puedo menos, repito, de turbarme, y me faltan palabras con que es-



presarme, asombrado yo mismo de mi atrevimiento. Pero como el bien de la causa que defendeis es sin duda el único móvil de mi temeridad, paréceme que me siento con fuerzas bastantes para superar tamañas dificultades, asi como el jóven David se halló súbitamente con bastante espíritu para luchar con el gigante filisteo. *Est Deus in nobis*, puedo yo decir ahora como el poeta. Cuán apreciable cualidad sea la del valor no hay para qué decirlo, y mucho menos cuando no se trata de animaros, sino al contrario, de contener vuestro brio y dirigirlo por el camino mas seguro, aunque no tan recto, de la prudencia. Los grandes varones de la antigüedad, como Scipion...

Aqui el señor de Toro no pudo reprimir por mas tiempo el desprecio que le inspiraba el judío.

— Perro hebreo, le dijo, saca ejemplos cristianos, y no me vengas ahora á contar lo que hicieron esos paganos.

El señor de Iscar y algunos otros no pudieron menos de reprender en voz baja al caballero que así interrumpía y faltaba al respeto á un enviado nada menos que de dos reyes tan poderosos, y el judío sin mirarle ni inmutarse continuó:

— En todos tiempos la astucia ha ganado mas batallas que el valor, y es seguro que aquella sola puede mucho, y éste por sí solo puede muy poco, así como el triunfo es indudable si una y otro caminan juntos. El mayor enemigo nuestro en este país, y el que sin duda se opondrá á nuestra marcha decididamente, es el conde de Saldaña, señor del castillo de Cuellar. Este castillo, inexpugnable á mi entender por la fortaleza de sus murallas, cuenta además dentro de ellas mas de ocho á diez mil hombres de armas que le guarnecen, y puede en caso preciso contener otros tantos en pie de guerra si su señor quiere armar á los jóvenes de la ciudad. Ya veis, señores, que apenas contamos nosotros con la mi-



tad ; pero no creais que esta razon y otras muchas que por ahora callo las presento con intencion de que retardeis vuestro alzamiento : al contrario , sé muy bien que tal demora , lejos de estar en nuestro provecho , estaria en el de nuestros enemigos , que asi tendrian mas medios de prepararse , y no se me oculta que es ya demasiado pública nuestra conjuracion para volver el pie atras , ó hacer alto en nuestro camino. Conozco ademas nuestro riesgo si , como se suena , es verdad que Sancho IV ha despedido las cortes en Sevilla , noticioso de nuestros intentos , y ha emprendido su marcha á Valladolid ; pero todos estos peligros , lejos de desalentarnos , deben inspirarnos mas ánimo. Solo es preciso que la astucia supla por nuestra falta de fuerza. Ver de introducirse en el castillo de Cuellar , á lo cual yo mismo me ofrezco , no para contar los soldados ni el número de troneras que hay en él , sino para buscar alli dentro aliados que nos le entreguen si puede ser sin el me-

nor riesgo de nuestra parte, buscar amigos en la corte del mismo don Sancho, entre los que mas le parezcan suyos: en una palabra, socabar sigilosamente el alcázar de la tiranía para levantar sobre sus ruinas el templo de la libertad; tal me parece que debe ser nuestro primer objeto. Nuestras tropas entonces hallarán auxiliares en todas partes, los triunfos que sin duda se han de alcanzar reforzarán el espíritu del soldado, y nuestros enemigos, peleando en un terreno en falso, se hundirán y serán raídos de la haz de la tierra como las espigas desaparecen en monton bajo la hoz de los segadores. Este á mi entender debe ser el primer paso que ha de darse, y que facilitará cuantos en adelante se den, y para esto deben buscarse hombres de resolucion, y que merezcan nuestra confianza. Yo el primero, á despecho de mi edad y de mi natural pacífico, tomo á mi cargo introducirme en el castillo de Cuellar, en donde á riesgo de mi vida desempeñaré



mi comision, y os probaré que un judío sabe tan bien como un caballero arrostrar el peligro con serenidad.

Admirados quedaron todos, mas de la resolución del judío que de su discurso; y aunque muchos pusieron mala cara á la última fanfarronada, todos unánimemente aprobaron su parecer. Trataron en seguida de algunas disposiciones militares: los puntos que habian de acometer, si habian ó no de dividir sus fuerzas, y si habian de esperar hasta reunir mayor número de tropas para el alzamiento, y los mas de ellos fueron de opinion de no hacer nada hasta que todos los conjurados estuviesen reunidos, á despecho del de Iscar, que deseoso de libertar á su hermana y vengarse de su robador, lo cual aumentaba la natural impetuosidad de su genio, queria romper al momento sin esperar mas, y se valió de cuantas razones supo para atraerlos á su parecer.

Estando todavía en esta disputa llegó

un propio de Valladolid con la noticia de que el rey acababa de llegar de Sevilla, sabedor acaso de la revolucion que se tramaba, lo cual puso á la mayor parte de los caballeros en mucho cuidado, y algunos de ellos cambiaron de color: solo don Hernando vió un motivo mas para apresurar el rompimiento, y el judío, con su acostumbrada sangre fria, apoyó entonces su proposicion.





---

---

**CAPITULO XXIV.**

---

*Rey.*

¿ En fin, vos sois en la villa  
quien al mismo rey no da  
dentro de su casa silla ?

.....  
¿ Vos quien como llegue á vello  
partís mi cetro entre dos ,  
pues nunca mi firma ó sello  
se obedece sin que vos  
deís licencia para ello ?

*Don Tello.*

¡ Cielos, con tal deshonor !  
¡ á mi últrage tan infame !  
¡ que para esto el rey me llame !

*(Rico hombre de Alcalá.)*

**L**A crónica de que copiamos, ó por mejor decir extractamos esta verdadera historia, cuenta, pues, que el rey don Sancho se hallaba en efecto en Valladolid,

tal como habia referido el propio que avisó á los conspiradores. Las noticias que en Sevilla tuvo del próximo alzamiento en Castilla á favor de don Alonso Lacerda, que ya se nombraba rey, le hicieron suspender las cortes y aproximar su vuelta á Valladolid con el menos aparato posible: solo le acompañaban su esposa doña María, el de Lara, rival del señor de Vizcaya, y los que componian su consejo; tal prisa metian las nuevas que recibió.

En efecto, la proteccion que Felipe, rey de Francia, concedia á sus dos primos, asi como la del de Aragon, no pudo menos de disgustarle sobre manera, y mucho mas viendo lo revueltas que estaban las cosas de su reino, y que no solo le desobedecian sus enemigos declarados, sino que sus amigos, y en particular don Lope de Haro, cada dia se le hacian mas temibles, abrogándose derechos y facultades que estaban muy lejos de pertenecerles. Sufria el rey con paciencia, y di-



simulando su natural altivez , las altanerías de este favorito , que habia en otro tiempo tomado tanto influjo en la corte, que llegó á proponer á don Sancho anulase su casamiento con doña María , y tomase por muger á su sobrina Guillelma , hija de Gaston , vizconde de Bearne, con lo cual , y porque el rey no se negó abiertamente á semejante proposicion , se ensoberbeció de modo que no se tuvo por menos que él , y andaba propalando en todas partes la próxima boda , tratando mal á sus iguales , y haciéndose insufrible con su orgullo y su presuncion. No era Sancho el Bravo de aquellos reyes á quienes la adulacion presta pomposos títulos que bajo ninguno merecen , y el renombre de Fuerte que llevaba lo habia ganado sin duda. Habia ya quitado á don Lope gran parte de su favor , que dividia asimismo con el de Lara ; pero la apurada situacion en que se veía , el genio inquieto de aquel , y mas que todo el colossal poder del de Haro , le hacian temer

que reuniéndose estas dos casas, cabalmente las dos mas poderosas del reino, le declarasen la guerra y le destronasen talvez, aprovechándose de la avenida de males y guerras que por tantas partes á un tiempo le amenazaban. Astuto y sagaz en extremo, preveía las fatales consecuencias de semejante alianza, por lo que á la muerte de don Alvar Nuñez de Lara concedió la privanza á su hermano don Juan, para que el poder de esta familia contrapesase el del señor de Vizcaya, suscitando continuamente rivalidades entre ellos, á lo que contribuyó no poco su esposa con sus sabios consejos y su prudencia. Tal era en compendio el estado crítico de los negocios, y en tan deshecha borrasca vagaba don Sancho á impulsos del viento de la fortuna, con gran peligro de que zozobrase su navío, á pesar de su destreza, actividad y bravura.

Reunidos estaban en palacio esperando al rey para deliberar acerca de tan importantes materias muchos de los miem-



bros de su consejo, entre los cuales habia varios ricos-homes, arzobispos, obispos y otras dignidades del reino, muy entretenidos al parecer en una conversacion que el lector nos permitirá referírsela, cumpliendo con nuestro oficio de historiadores.

—Desengañaos, señor Lopez Salcedo, decia un obispo grueso y muy colorado, que luego se supo que lo era de Plasencia. El señor de Haro ni habria venido aqui, ni estaria tan orgulloso si no fuese cierto que su alteza va á anular su casamiento con doña María, para verificar el cual ya sabeis que no se dispensaron del parentesco. *Sine affinitatis dispensatione sponsalia contraherunt.*

—Pues yo os aseguro, repuso Lopez Salcedo, que el rey no se separa de doña María aunque se lo prediquen ángeles, y voto á tal que yo hiciera otro tanto, puesto que ella es el primer sosten de su trono.

—¿Sabeis, señores, dijo acercándose

\*

¿ los dos con mucho sigilo el dean de Sevilla , que el rey trata de hacer que le vuelva el de Haro los castillos y plazas que le ha usurpado ?

— Ya era hora de que le hiciese bajar la cabeza , replicó Salcedo , á ese vanidoso señor , que nos miraba á todos como inferiores suyos , y par diez que he estado mas de una vez por atravesarle de una estocada.

— Es fama , añadió el dean , que este cambio lo causa la sospecha que hay de que el de Haro está en inteligencias secretas con don Pedro , rey de Aragon , y ausilia por bajo de mano á los revoltosos.

— Me parece que todos os engañais , repuso el obispo : yo apostaríá ciento contra uno á que don Lope está mas en privanza que nunca , y en quanto á lo que decís de sus inteligencias secretas con los revoltosos de Castilla , ¿ cómo es posible que un don Lope , señor de Vizcaya , se humille hasta el punto de entenderse



con una gavilla como esa de hombres perdidos ?

— Perdonad , señor obispo , replicó el dean de Sevilla sonriéndose ; yo no he dicho que tal cosa sea cierta ; al contrario , si me pedís mi opinion os diré francamente que estoy muy distante de creer lo que por ahí cuentan.

— Pues en cuanto á mí , respondió Salcedo , no sé si es cierto ó no ; pero sé que anda muy equivocado su ilustrísima si cree que son todos los rebeldes gente perdida , porque hay entre ellos caballeros muy principales ; y don Lope de Haro , si por eso es , podria entenderse con ellos sin rebajar nada de su alta alcurnia , como ya se ha entendido con el rey de Aragon.

El dean se acercó al oido de Lopez Salcedo , diciéndole que mirase bien lo que hablaba , pues asi el obispo de Placencia como Diego de Campos , que estaba detras , eran muy grandes servidores y amigos del de Haro , y podrian contarle

despues lo que de él dijese con grave daño de su interes. Pero el caballero , despues de darle las gracias continuó :

— Acercaos , señor don Diego Lopez de Campos ; yo estaba hablando mal del conde don Lope , y como vos sois su amigo , pienso que habeis de tener curiosidad de oirme. Pues como iba diciendo , las noticias de Castilla son de la mayor importancia , y aqui el señor dean me parece que ha de saberlas mejor que yo.

— Yo , respondió el dean con su melosa y cortesana sonrisa , no sé mas que lo que todos sabemos : he oido decir que con algunas tropas buenas que se envien á reforzar el castillo de Cuellar bastará para hacer entrar á todos en razon , y mucho mas ahora que don Lope de Haro ha recobrado el favor de nuestro monarca , y le podrá ayudar con todo su poder.

— La muerte de don Alvar Nuñez de Lara , repuso el obispo de Plasencia , ha libertado al señor de Vizcaya del úni-



co competidor que podria hacerle sombra, y el rey tendrá sin duda que volverle la autoridad que tenia en su corte.

— En prueba de ello, añadió Lopez de Campos, hoy mismo se le aguarda aqui con el infante don Juan, su yerno, que viene á hacer reverencia á su alteza, y á acompañarle en su espedicion contra los facciosos.

— ¿Y quién mejor que él, repuso el dean, puede afirmar la autoridad real, siendo como es el señor de mas valimiento en España?

— Señor dean, replicó Salcedo, os torceis á todas partes como una varita de mimbre. El de Haro, señores, tiene mas de un competidor que le haga frente, y don Juan Nuñez de Lara, hermano del difunto don Alvar, puede suplirle aqui y en todas parte con mucha ventaja.

— ¡Oh! don Juan Nuñez de Lara, exclamó el dean, no hay duda que es poderoso.

— Esa cuestion quedará hoy decidi-

da, respondió el obispo con el tono propio de un hombre que sabe muy bien lo que dice, y ya os he dicho que no hubiera venido don Lope á ver al rey ni andaría tan confiado sino estuviese seguro que va á ocupar el hueco que le corresponde: *ad assequendum officium se dotibus commendavit.*

— Asi es, continuó el de Campos, y no hay que dudar que vuelve á la gracia del rey, y entonces veremos, añadió echando una ojeada á Salcedo, quién les vale á los que le han motejado estando caido, y quién los ha de libertar de su cólera.

— Vive Dios, señor Diego de Campos, respondió Salcedo, que si lo decís por mí que os engañais en mucho, que habeis de saber que yo no necesito que nadie me valga mientras mi brazo derecho no se me desprenda del hombro y cuelgue mi espada de mi cintura, y lo que ahora digo estoy pronto á sostenerlo á pie y á caballo con uno, y con veinte que lo contradigan.



-- Calmaos, señor Lopez Salcedo, repuso el dean con su acostumbrada sonrisa de benevolencia; sosegaos, que aqui nuestro amigo Lopez de Campos no lo dijo por tanto.

-- Ciertamente, añadió el obispo, y no ha tenido intencion de ofenderos.

-- Y si la hubiera tenido... replicó Salcedo.

-- ¿Qué hubierais hecho? interrumpió el de Campos.

-- ¿Qué? dejaros tendido aqui mismo.

-- Paz, señores, paz, exclamó el dean colocándose entre los dos.

-- Mirad, señores, que estamos en casa del rey, continuó el obispo.

Salcedo se mordió los labios de ira; pero el sitio en que estaban, y las personas que alli habia presentes, le obligaron á contenerse y dejar para luego la cuestion empezada, disimulando en cuanto le fue posible, y retirándose del corrillo. El de Campos, aunque tan irri-

tado como él, habia aprendido á disfrazar mejor sus sentimientos, y luego que su enemigo se separó, su semblante pareció tan tranquilo como si nada hubiese sucedido desagradable.

-- ¡Qué genio! ¡qué genio tiene el tal Salcedo! dijo el fino dean encogiéndose de hombros y meneando la cabeza á un lado y á otro luego que se separó.

-- ¡Oh! es un hombre insufrible, replicó el obispo. *Silvestris homo, homo bellua.*

-- Nada tiene de extraño que se enoje, repuso el de Campos, y mucho mas cuando todos sabemos su amistad con los Laras, y el odio que tiene á don Lope.

-- Yo, la verdad, dijo el dean, tengo mucho que agradecer al de Lara, pero no dejo de hacer justicia al mismo tiempo al de Haro, y si llega hoy como se dice...

-- ¡Oh! se entiende, replicó el obispo con cierta ironía, no sereis el último que acuda á darle la enhorabuena, y á



felicitarle por su vuelta al favor del rey.

-- No tendré el menor inconveniente en hacerlo, repuso el dean como si no hubiese entendido la pulla.

En este tiempo la llegada de un mensajero del castillo de Cuellar que enviaba Saldaña puso fin á la conversacion, y habiéndose vuelto todos á ver quién era el que con tanta prisa queria hablar al rey, vieron un jóven de desembarazado continente, lindo en extremo, y muy bizarramente vestido, que entró en este momento en la sala. Era el artificioso y mal intencionado Jimeno, que venia de parte de su señor al rey con nuevas de las tropas rebeldes que se reunian en el castillo de Iscar, y que ya habian dado principio á sus algaras y escaramuzas. Rodeáronle todos, y empezaron á preguntarle las nuevas que traía, y que el buen page desembuchó con cierto ademan de importancia, tal como un diplomático suele hacer cuando se le ofrece la ocasion de lucirse en su mentirosa ciencia delante

de un numeroso concurso que está colgado de sus palabras.

-- El conde de Saldaña, dijo, no ha podido salir aun á correr el campo por no estar todavía enteramente convalecido de sus heridas. Pero el negocio es mas árduo que lo que se cree, y las fuerzas de los revoltosos son bastante impo-  
nentes.

-- ¿Y quién los manda? preguntó el obispo de Plasencia.

-- Han nombrado por gefe suyo, repuso el page, á don Hernando de Iscar, y el rey de Aragon creo que les ha prometido socorros. Si pudierais hacer que yo hablase á su alteza en particular, os lo agradecería. Ya sabeis que hay ciertas cosas que no se pueden decir en público, y yo traigo para su alteza una comision secreta de suma consideracion.

-- Ya se le ha enviado recado, dijo Salcedo, y de aqui á un momento entrareis.

-- ¿Y crecis que basten las fuerzas del



conde vuestro señor para sufocar la rebelion?

-- Tal vez; ¿quién puede asegurarlo? hasta ahora...

-- ¡Oh! la llegada de don Lope de Haro pondrá todo en orden, repuso Lopez de Campos, y la sumision del infante don Juan, su yerno, es un golpe terrible para el partido de los Lacerdas.

-- Todo puede ser, replicó el page, cuya vanidad parecia recrearse en poner en dudas á los grandes señores que le escuchaban.

Un macero que salió del cuarto del rey, habiéndole traído orden para que entrara, el page con su natural descaro saludó á todos con cierta sonrisa maliciosa de proteccion, atravesó el salon con la cabeza alta, y entró en la habitacion de su alteza.

Estaba el rey sentado en un sillón de marfil adornado de muchos relieves, vestido de una túnica ó bata llamada *Argate*, y en conversacion con don Juan

Nuñez de Lara, que ocupaba otro asiento á su izquierda á cierta distancia, como en señal de respeto. Era de mediana estatura, pero muy doble, de ademan severo, graves y penetrantes ojos, y muy osado de aspecto. Llevaba un puñal ó cuchillo atravesado en el cinto, que le sujetaba la túnica, guarnecido de piedras que le habia regalado el rey de Granada, y que nunca quitaba del cinto en su palacio y donde quiera que estaba. Cuando entró el page volvió á él los ojos con serenidad, suspendió su habla con el de Lara, y le preguntó

— ¿Qué nuevas traes, y cómo está nuestro fiel servidor el señor de Cuellar? ¿Está ya curado completamente de sus heridas?

El page bajó la cabeza en señal de respeto, y parándose á unos seis ú ocho pasos del rey contestó:

--El señor de Cuellar hace á vuestra alteza homenaje y aguarda vuestras órdenes en su castillo. En cuanto á las no-



ticias que tengo la honra de comunicar á vuestra alteza, algunas son de palabra, y la mayor parte vienen en este pliego, que me encargaron os entregara yo mismo.

Y sacó del pecho unos rollos de pergamino que entregó al rey, despues de haber doblado la rodilla y hecho ademan de besarle la mano derecha, que el rey alargó para recogerlos. Hecho esto se retiró á la misma distancia que antes, y aguardó su determinacion en silencio mientras leía.

No nos detendremos en relatar al lector las nuevas que enviaba Saldaña, reducidas en gran parte á avisar al rey de todo lo referido en los capítulos anteriores. Don Sancho las leyó muy detenidamente, pero sin dar muestras de asombro ni de temor, y al concluir de leerlas pasó los pergaminos al de Lara con una desdenosa sonrisa, como si mirase tan seria rebelion con indiferencia. Su favorito las tomó con respeto, y las leyó tambien para sí, mientras don Sancho

continuaba su conversacion con Jimeno.

-- ¿ Y las que traeis de palabra, buen page?

-- Se reducen, señor, replicó Jimeno, á deciros que los rebeldes últimamente se han aumentado hasta el número de quince mil hombres, lo que ha obligado á mi señor á mantenerse á la defensiva, contentándose con enviar algunos escuadrones volantes en diferentes direcciones que los entretengan y escaramucen con ellos. Pero como esto solo no es bastante para acabar de una vez con los sublevados, y cada dia se declara por ellos alguna ciudad de importancia, mi señor me encarga suplique á vuestra alteza le envíe algunos hombres de armas para poder salir á campaña sin dejar en peligro de ser tomada su fortaleza, y combatirlos con igualdad. Aun mas, señor, cree que vuestra alteza haria muy bien si fuese en persona mandando las tropas que hubieran de ir, puesto que este sería el medio mas acertado de apaciguar la tierra.



-- ¿Es eso todo? preguntó el rey.

-- Señor, repuso el page, he desempeñado mi encargo.

-- Está bien; retírate, replicó el rey, y dí á nuestro leal conde de Saldaña que iremos á verle muy pronto.

Obedeció el page á la intimacion de don Sancho, y luego que estuvo fuera de la habitacion, el rey se volvió á su privado, que acababa de leer los pliegos, y no mostraba tan buena cara como don Sancho, antes muy al reves, daba á conocer en su semblante cuán grave le parecia aquel asunto.

-- ¿No os lo decia yo, dijo el rey, que solo yendo en persona podriamos sujetar esos javalíes?

-- Ya sabe vuestra alteza que solo me he opuesto á esa determinacion por razones de política, y aun ahora mismo estoy persuadido que el primer paso que debe dar vuestra alteza es hacer que el de Haro entregue los fuertes que tiene en su poder, alzando el juramento á las

guarniciones que en ellos tiene, y dándonos las contraseñas para que vuestra alteza obre á su voluntad; de lo contrario iremos á combatir un enemigo temible, dejando otro mas poderoso á la espalda, y que puede hacernos mas daño.

-- Dices bien, respondió el rey, y para eso nos hemos valido del disimulo, y le hemos llamado hoy á mi corte, de donde no saldrá vivo si no conviene en hacer cuanto exijamos. Ya veis que en esto os damos á vos mismo una seguridad mas del aprecio que nos mereceis.

-- Hace mucho tiempo que el de Haro trata de suceder á mi hermano en el lugar que él perdió por su demasiado orgullo, y á que vuestra alteza se ha dignado elevarme.

-- Ya babeis visto, dijo el rey, que no usaba menos disimulo con el de Lara, y de cuya fidelidad queria asegurarse, que en esas cartas se hace mencion de vos, y que os prometen en nombre del rey de



Aragon el castillo de Albarracin, en el caso que os declareis partidario de mis sobrinos.

Diciendo esto le miró fijamente como si tratara de leer en su alma, pero el de Lara sin inmutarse le respondió:

-- Vuestra alteza sabe que yo soy libre, como armado que estoy de caballero, para abrazar la causa de cualquiera que tenga á mi parecer razon, aunque sea contra vuestra alteza mismo, sin que se me pueda tachar de traidor, pues tales son los fueros de la orden de caballería que profeso. El castillo de Albarracin fue arrancado á mi padre don Juan por fuerza de armas, y aunque yo no cederé jamas de mi derecho, como ahora no se trata de recobrar aquel fuerte, sino de defender vuestra corona, he abrazado decididamente vuestro partido.

-- Nos, dijo el rey, os agradecemos vuestra leal resolucion, y os prometemos, concluido que sea este negocio, de mediar con el rey de Aragon para que os

\*



devuelva aquel castillo como es ley, y si no, nos obligamos á daros el que vos elijais que nos pertenezca.

Agradecióle el de Lara su promesa con las mejores razones que supo, y el rey, despues de haber recogido los papeles que le habian traído, se los entregó para que los guardara, y levantándose de su asiento salió á la sala del consejo, donde, como se ha dicho, le estaban esperando sus grandes. Cuando entró en ella ocuparon todos sus puestos despues de haberle saludado, y á los que de mas penetracion se jactaban se les figuró que el rey venia muy preocupado de algun plan de entidad, y aun llegaron á advertirse al oido unos á otros que aquel dia habian de presenciar grandes cosas. Luego que el rey se sentó, el de Lara se colocó á su izquierda en un escaño un poco mas bajo, y todos tomaron asiento segun el orden que les señalaba á cada uno su gerarquía. Lopez de Salcedo, como capitán de maceros, se puso en pie á la derecha del



rey, y todos con la mayor ansiedad, aguardando que hablara, ya esperaban la entrada de don Lope de Haro con el infante, ya se desvivian por saber cuáles eran las últimas noticias que habria traído el mensajero de Cuellar. Esto último fue justamente lo que dió margen á la primera discusion que hubo, y en que cada uno discurrió segun el interes que le movia, los parientes y amigos que tenia en el partido contrario, ó las relaciones que le ligaban al de don Sancho. No obstante, todos fueron de parecer de la necesidad que habia de castigar con el mayor rigor á los principales gefes de los revoltosos, y dieron la razon al rey cuando propuso le aconsejasen si debia marchar él mismo á Cuellar á combatir los rebeldes, puesto que el tono con que presentó la cuestion dió á conocer á todos la voluntad que tenia de ir, y por eso sin duda fue tanta la unanimidad del consejo. Algunas otras materias se habian tratado cuando la hora que tanto deseo

tenían algunos de que llegara, que inspiraba á muchos tanto temor, á otros esperanzas alegres, y á todos causaba indecible curiosidad, sonó por último, y un rey de armas anunció en la sala la llegada del infante don Juan y de don Lope de Haro, que pedían permiso para besar la mano á su alteza. Estremeciéronse unos, miráronse otros con alegría, palidieron muchos, y el rey, inclinándose al de Lara le dijo algo al oído que éste comunicó á su vez al de Salcedo, quien salió al punto á ejecutar su mandato. Pero ni el rey ni el de Lara cambiaron de fisonomía, solo que el primero movió la cabeza en señal de que les daba licencia. Hubo un largo murmullo en la asamblea, y cuando los dos anunciados príncipes entraron, se oyó un ligero rumor semejante al zumbido de las abejas, pero que al momento se apaciguó y convirtió en el silencio de las tumbas, fijos todos los ojos en ellos, quienes se adelantaron al rey, que hacia apariencia de estar hablando con



su favorito, y aun no los habia mirado.

Era el señor de Haro de aventajada estatura, ya de edad, duro y ceñudo de ojos, seco de rostro, de alta y despejada frente; su cabello entre cano, corto y claro ya por los años, le caía con descuido en dos mechones largos que desde la coronilla le iban á parar á las sienes, dejando una ancha calva en medio, donde el ojo menos observador hubiera echado de ver á la mas ligera ojeada la prominencia que los freneologistas dicen ser el asiento del amor propio; tan marcada estaba en su cabeza aquella protuberancia. Apenas se dignó echar una mirada á su al rededor, y cuando entró en la sala fijó en el rey los ojos, y se encaminó hácia él con la mas desmedida altanería, y como irritado de que se le tratase como á inferior. Su yerno el infante entró detras con ademan mas respetuoso, puesto que el hombre mas altivo hubiera parecido humilde, si se comparaban sus modales á los soberanamente arrogantes del ilus-

tre conde don Lope. Luego que llegó junto al rey, viendo que no le hacia caso ni levantaba siquiera los ojos,

-- Don Sancho, le gritó en alta voz, que está aqui el señor de Vizcaya.

— ¡Oh, que está aqui mi hermano! dijo el rey sin hacer caso de don Lope, y bajando de su asiento para abrazar á don Juan.

El infante no pudo menos de corresponder á tanta fineza, y mucho mas cuando el rey tenia tantos motivos de quejarse de él, que últimamente se le habia rebelado, mientras don Lope, jaspeado el rostro de cólera y crujiéndole todos los huesos de su cuerpo, le miraba con tales ojos que parecia devorarle con ellos, herido en lo mas vivo de su amor propio.

— No puedo menos, señor, dijo el infante, de pedirós que disimuleis mis pasados yerros, y acepteis la sumision sincera que ofrezco á vuestra alteza para en adelante. Yo os juro que...

-- Hermano mio, no tenemos nada de



que quejarnos de vos; malos consejeros quizá os descarriaron del camino que siempre debiste seguir; pero yo ya he olvidado todo, y siempre veré en tí un hermano querido, un hijo digno del sabio rey que nos engendró.

Esta alusión de don Sancho á su padre, contra quien se habia rebelado cuando vivia, nada tiene de extraño si recordamos que tanto antes como despues de su muerte siempre habló de él con tanto respeto y cortesanía como pudiera hacerlo el hijo mas obediente, y aun castigó ejemplarmente á los que creyendo lisonjearle, habian hecho mofa delante de él de aquel tan sabio como desventurado rey.

— Tengo al mismo tiempo la honra, dijo el infante, de llamar vuestra atencion hácia mi suegro don Lope de Haro...

-- Y ahora, repuso el rey como si no hubiese oido lo que le habia dicho el infante, esperamos que nos acompañes en

nuestra expedición á Cuellar contra los revoltosos.

— Señor... pronunció con voz ahogada por la cólera el orgulloso don Lope, que estaba detras del rey.

— Nuestro buen servidor el de Saldaña se halla enfermo, prosiguió don Sancho dirigiendo la palabra á su hermano, y ademas apurado con la multitud de enemigos que le rodean.

El infante apenas sabia qué decir, y ya miraba al rey, que parecia tan embebido en lo que le decia como si los dos estuvieran solos, ya volvia los ojos á don Lope, que en este momento dió una patada en el suelo con tanta fuerza que retembló el pavimento.

-- ¡ Señor! gritó tocando en el hombro á don Sancho, hace una hora que estoy aqui.

-- Sí, ya os habia visto, repuso el rey con indiferencia; ahora hablaremos, aguardad, que primero ha de ser mi hermano que ningun otro.



--; Primero que yo! murmuró en voz no tan baja don Lope que no entendieran lo que habia dicho cuantos en la sala estaban.

—Mal me parece que va á acabar esto, dijo en voz baja el atildado dean de Sevilla al obispo de Plasencia, que tenia al lado.

— Todo puede ser, respondió el obispo, que no las tenia tampoco todas consigo.

— El rey entre tanto prosiguió hablando con su hermano amigablemente, hasta que al cabo de un rato volvió la cabeza y se encaró con el de Haro.

— ¿Y el señor de Vizcaya, le dijo con desden, viene tambien á besar la mano á su rey y á prestarle el rendimiento debido?

Diciendo esto subió de nuevo á su asiento, desde donde alargó su mano derecha á don Lope, que ciego de cólera ni acertó á hincar la rodilla ni á besar la mano, si no que le dejó con ella tendida por largo rato, hasta que al fin y contra toda su voluntad la besó sin saber lo que

hacia, levantándose desesperado de ver que el rey no le alzaba del suelo como hacia con todos, y le despreciaba de aquella manera delante de tantos enemigos suyos, que interiormente se habrían de regocijar de verle tan abatido.

— El señor de Vizcaya, respondió don Lope volviendo en sí, viene á saludar á vuestra alteza como su feudatario que es; pero como está ocupado el puesto único que le corresponde en la corte, pide á vuestra alteza licencia para retirarse á su señorío.

— Mi voluntad, repuso el rey, que se aprovechaba de cuantas ocasiones se le ofrecían de indisponerle con el señor de Lara, ha dado ese puesto al que lo merece, siempre pensando que á mi lado cualquiera otro es honroso, y que vos, tanto como el primero de mis reinos, podría ocupar sin vergüenza el que yo tuviera á bien darle.

— Es que el primero despues de vuestra alteza soy yo, replicó don Lope,



poco acostumbrado á aquel tono que usaba con él don Sancho por primera vez en su vida, y vuestra alteza debe saber que solo hay un lugar que corresponde al primero.

-- Bajad la voz, señor de Vizcaya, respondió don Sancho sin alterarse; pensad delante de quién estais, y sabed que si hasta ahora las consideraciones que merecian los servicios que me habeis prestado hicieron que os tratase como á un mi igual, ahora me tienen harto indignado vuestras astucias, intrigas y mal consejo. No penseis que porque soy blando sea débil, ni creais que suframos en adelante las insolencias de ningun vasallo.

Atónito quedó don Lope con la arenga del rey, y no lo quedaron menos cuantos estaban presentes, que habian creido hasta entonces que el súbdito dominaba al monarca, y que éste jamas habria sido capaz de hablar con tanta aspereza al primer rico-hombre de sus reinos. Don Lope apenas podia ya sufrir

aquel tan desusado lenguaje: sus ojos ardian, la barba le temblaba, agitaba su cuerpo una continua inquietud, y las palabras se le quebraban entre los dientes sin poder hablar, ahogado casi de cólera. El infante don Juan, viéndole en aquel estado, respondió por él.

--Yo, señor, dijo, en nombre de don Lope de Haro suplico á vuestra alteza le perdone las faltas quizá cometidas por su demasiado celo en vuestro servicio.

El señor de Vizcaya hizo un gesto de ira al oír las palabras de su yerno, se esforzó á hablar, y solo pudo pronunciar un no ronco y oscuro, indicando al mismo tiempo con la cabeza y la mano la misma idea. Pero ni el rey ni el infante oyeron su voz ni observaron sus movimientos, y el último prosiguió:

—La misma intencion que me ha traído hoy en presencia de vuestra alteza ha sido la suya al venir aqui: vuestra alteza sabe muy bien los muchos y leales servicios que le ha prestado don Lope,



y si un momento de orgullo, una indiscrecion, han podido hacerle perder algo de vuestro aprecio, ni él ni yo creemos que haya sido para siempre. Ahora pronto está á daros á conocer su lealtad: exigid de él y de mí cuanto querais, por alto y trabajoso que os parezca de alcanzar, y verá vuestra alteza si tiene razon de dudar en la buena fé y lealtad de tan ilustre caballero.

— Probémosla, pues, repuso el rey, y tambien nosotros estamos prontos á volverle nuestra gracia. Señor don Lope de Haro, señor de Vizcaya, y vos don Juan, infante de Castilla, entregadnos las llaves de las fortalezas que ocupan vuestros soldados: dadnos la contraseña que tengais, para que podamos tomar posesion de ellas con vuestra orden, haciendo al mismo tiempo que nos presten vasallage los señoríos que teneis, fuera del de Vizcaya.

Hasta aqui pudo llegar el sufrimiento del orgulloso don Lope, y el mismo in-

fante no pudo menos de escandalizarse al ver las duras condiciones que su hermano les imponía. Pero la misma causa produjo distinto efecto en uno que en otro, y mientras el primero, determinado ya á todo, se preparaba para responderle, el segundo calculaba el grave error que habian cometido en venir sin escolta á entregarse en manos de su enemigo, y temeroso ya del fin de aquel acto de despotismo, buscaba algun sitio donde refugiarse del primer ímpetu de su hermano. Entonces conoció cuán engañosos habian sido los abrazos con que le habia recibido, y vió claramente adónde se encaminaba su política, y cuán bien la habia urdido para que viniesen y hacerles caer en el lazo.

Por un efecto de la misma cólera que le abrasaba, don Lope pareció mas sossegado; revolvió la capa al brazo, y alzando la cabeza y mirando al rey de hito en hito, — Cuando he venido aqui, le dijo, fue para rendir á vuestra alteza home-



nage, pero no para pedirle perdón, porque no soy criminal, y aunque lo fuera, ninguno de mi esclarecido linage ha pedido nunca perdón. Cuantos reyes ha habido en España han tenido á mis ascendientes como á sus iguales en grandeza, y ninguno ha sido osado para demandar mas que el feudo que ha pagado nuestro señorío. Vuestra alteza se engaña si piensa que yo he degenerado de mis abuelos: su sangre hierve en mis venas, y yo he encanecido con tanto honor como ellos. Si vuestras exigencias fuesen justas, dispuesto estaba á transigir en todo con vuestra alteza; pero desposeerme de mis haciendas, haberme hecho llamar clandestinamente bajo mil pretextos infames para en teniéndome en vuestro poder arrancarme lo que es mio, aparentando á la faz del mundo que yo os lo doy de mi voluntad...; vive Dios que es el acto mas pérfido que jamas pudo cometer un tirano!

— Don Lope, gritó el rey con no

menos furia, por Santiago que os reporteis.

— No, jamas me vuelvo atras de lo que dije una vez, continuó el de Haro cada vez mas acalorado; tirano sois, tirano, que no rey de vuestros pueblos, astuto y mañero como un villano cobarde, y juro á Dios...

Púsose en pie don Sancho temblando de furor, y dudoso si se arrojaría á él para castigarle alli mismo; pero como rara vez le abandonaba su razon en medio del mas violento arretrato, disimuló aun lo mejor que pudo, contentándose con decirle:

— ¿Quereis entregarme los fuertes, ó pensais resistir insolentemente las órdenes de vuestro rey?

— ¿Entregarte los fuertes? ¿yo, y solo porque tú me lo mandas? Rey don Sancho, no repitas otra vez esa orden, porque juro al cielo que te haga entregar el alma.

— ¿Tú á mí, traidor? Prendedle, gri-



tó el rey lanzándose de su asiento; ó me entregas las fortalezas, ó...

— Muere, le interrumpió el de Haro desenvainando su espada y arrojándose á matarle antes que ninguno de los presentes tuviera tiempo para estorbárselo.

Huyó el golpe el rey, y tropezando en la falda de la túnica estuvo para venir al suelo; pero en el mismo instante, asiéndose del brazo derecho del conde para sujetarle, tiró del puñal que llevaba al cinto, descargándole con él tan tremendo golpe, que le rajó desde el hombro hasta el corazon. Hecho esto gritó:

— Matadlo; y alli acabaron con él los maceros que tenia prevenidos por lo que pudiera sobrevenir. Habia tratado en vano de defenderle el infante cuando le vió acometido de tantos, que todos los que alli estaban cargaron tambien sobre él, y despues de haber herido á algunos, viéndose ya perdido, recurrió á la fuga y se acogió á la habitacion de

\*



la reina. Seguíaale el rey furioso, corriendo tras de él con el puñal en alto goteando sangre, diciéndole cuantos ultrajes su furia le sugería. ¡Matadle, matadle! gritaba don Sancho; traidor, asesino.

Las salas, las galerías de palacio se llenaron al punto de hombres armados. Los consejeros del rey salieron á ayudarle, unos contra el infante, otros á detenerle, y algunos á esconderse, temerosos de lo que el rey habia hecho con el de Haro, que habia sido su protector. Los que entraban nuevos preguntaban á los otros lo que habia pasado; confundíanse estos, atropellábanse aquellos, gritaban todos, y todos no se entendian. Han querido matar al rey, repetian; y muchos que ignoraban quiénes fueran los asesinos, corrian sin saber adonde siguiendo la multitud. Algunos se aprovechaban de esta confusion para vengarse de sus enemigos; acometíanse unos á otros, trababan pendencias, andava todo el palacio revuel-



to, no habia sino ruido de armas, voces, cuchilladas, maldiciones, injurias, lamentos, y en medio de este arretrato general, de esta alarma, estrépito y baraunda, don Sancho, sin atender á otra cosa que á su venganza, borracho de cólera golpeaba furiosamente la puerta del cuarto de su esposa, donde se habia amparado el infante, con cuanta fuerza podia á patadas y á puñetazos. Habíala cerrado el infante tras sí al entrar, y echándose á los pies de la reina, que en aquel punto toda aturdida con tantos gritos salia á saber la causa de aquello,

— Señora, le dijo, favorecedme, libradme de su furor; mi hermano me ha traído aqui para asesinar-me.

— El rey no hará tal, respondió doña María, á no haberle vos insultado como á caballero. Pero él llega.

— Favor, señora, que va á echar la puerta abajo.

— Yo le escusaré ese trabajo, replicó la reina; voy á abrirle.

— ¿Qué intentais? repuso el infante tratando de detenerla.

— Tranquilizaos, don Juan, y no tengais miedo, dijo la reina.

— Adelantóse doña María con serenidad, y habiendo descorrido el cerrojo, abrió de pronto la puerta. El primer impulso del rey fue de arrojarse en la habitación; pero en el mismo instante, reparando en su muger que le cerraba el paso, quedó estático delante de ella. La cólera dió lugar al respeto que sus virtudes y el cariño con que le amaba merecian, y la vergüenza de haber querido atropellar la habitación de la reina coloró sus mejillas, que habia palidecido la ira.

— Deteneos, don Sancho, gritó la reina: el infante está bajo mi protección; reparad al menos que es vuestro hermano.

— Sí, está salvo, repuso el rey: traidor, da las gracias á la que querias destronar; está salvo.



Y al mismo tiempo, sin atender mas á su esposa, dió á correr por las galerías como un frenético, sin que el de Lara, que habia logrado acallar un poco el tumulto del palacio, y que llegaba en aquel momento, tuviese lugar para detenerle.

Huía Diego de Campos, favorito del orgulloso don Lope, por uno de los corredores, aturdido, sin hallar donde refugiarse de Salcedo, que le perseguia. En medio de su carrera encontráronse el rey y el desdichado de Campos, que se quedó parado á su vista, helado de temor, y sin acertar á huir. Don Sancho clavó en él los ojos ensangrentados de furia, y en habiéndole conocido,

— ¡Todavía estás aquí! dijo, y le envainó el puñal en el pecho.

El desgraciado caballero cayó en tierra anegado en su sangre á los pies del rey.

Esta última puñalada, dada con toda la voluntad de matar que puede inspirar la venganza, tranquilizó por fin á don

Sancho, que metiendo su puñal en el cinto, tomó el brazo del de Lara con tanto sosiego como si no hubiera sucedido nada. La calma del rey calmó igualmente á los cortesanos, cuyas facciones, como todo el mundo sabe, toman la fisonomía que conviene, y quienes siempre han sido máquinas de los príncipes. El tumulto fue poco á poco aplacándose, y los hombres de armas se retiraron despues de haber puesto en orden á palos, segun costumbre, al leal pueblo de Valladolid, que habia corrido en grupos á las puertas de palacio dejando lo que les importaba, solícito y cuidadoso, como siempre sucede, del que le gobierna; y de alli á media hora todo estaba en tanta paz y buena armonía como antes de embrollarse aquel laberinto. Solo los partidarios y parientes de los muertos se habian retirado jurando vengarse; pero como estaban caidos, sus murmullos no eran entendidos de nadie, y la voz del partido vencedor, que resonaba en tono



mas alto , parecia la espresion pública y general de todas las voluntades. No se trataba ya sino del próximo viaje á Cuellar , y muy pocos se acordaban de don Lope de Haro , ni de nada de lo acontecido poco despues del suceso ; y si algunos conservaban algun recuerdo , se servian de él mas para insultar su memoria que para lamentarla , contándose quizá en este número los que mas habian adulado á aquel prócer cuando vivia , y que ahora , ultrajándole despues de muerto , querian ponerse bien con el vencedor. Tal es la miserable condicion humana, y particularmente la del que vive del favor y beneplácito de los príncipes.



---

## CAPITULO XXV.

---

. . . . . yo no hallo  
remedio á los males míos  
sino es morir , porque veo  
que un imposible conquisto.

Yo estoy sin mí , yo no mando ,  
mi razon , yo no la rijo ,  
poder superior me arrastra ,  
sin ser dueño de mí mismo.

*(Primero es la Honra, comedia de Moreto.)*

**M**IENTRAS esto pasaba en Valladolid , y andava tan alborotado el palacio con la muerte del señor de Haro , nuestro lindo Jimeno daba la vuelta á Cuellar á todo el galope de su caballo , acompañado de algunos hombres de armas para mayor seguridad en aquel pais tan revuelto. Al



llegar á Tudela de Duero, á pesar de los riesgos que podia correr viendo que sus soldados no podian caminar tan aprisa como él quisiera, se adelantó á su gente con intencion de llegar á Cuellar aquella noche. El mas vivo deseo le punzaba de volverse á ver en el castillo para llevar adelante su infame plan contra la desdichada Zoraida. Habia ya decidido á Saldaña contra ella completamente, y viendo que nada podia alcanzar con las amenazas, la habia acusado ante el tribunal eclesiástico para que la prendiesen y castigasen como á hechicera, dispuesto á sostener en persona la acusacion. Pero antes de entregarla á la muerte, ó lo que es lo mismo á sus jueces, queria ver si el amor á la vida vencía en fin la obstinacion de aquella infeliz, que muerto ya Usdrobal, sin tener nadie que la amparara, acaso se entregaría á él para que la libertase de tamaño peligro y la vengase de su enemigo. Tenia para esto en su favor la industria y secreto con



que habia urdido sus tramas, puesto que en la última aventura de Usdrobal no parecia que él hubiese tenido parte alguna en otra cosa que en haber querido favorecer á Zoraida y poner en salvo á Leonor, cumpliendo lo que habia prometido, y no siendo culpa suya que los sorprendieran en aquel lance.

Aparentaba ademas hacer tales esfuerzos por templar la cólera de su señor, que nadie hubiera creido que él era quien le inducia á arrojar de alli y á enviar al patíbulo aquella desdichada muger, á quien al mismo tiempo estaba fingiendo amar tan de veras. No obstante, Zoraida desconfiaba de él, y aunque á veces le creía inocente de algunas supercherías, siempre le miraba con recelo, y le habia cerrado la puerta de su habitacion, no pudiendo menos de aborrecerle.

Alli sola, sin ver á nadie, pasaba sus dias en la agonía de la muerte, y solo alguna vez dejaba su estancia para espiar



los pasos de Saldaña y vengarse en cierto modo presentándose á su vista y gozándose en su turbacion.

Completamente restablecido de sus heridas el señor de Cuellar , aunque combatido siempre de su misantropía , y á pesar de los continuos combates que tenia que resistir de las tropas que mandaba el de Iscar , no pensaba sino en Leonor , y la infeliz prisionera, que ignoraba la sublevacion , privada ya de toda esperanza de libertad , no tenia otro consuelo en su cautiverio que sus lágrimas y la soledad ; cada visita que la hacia Saldaña era un nuevo martirio , y la desaparicion de Elvira , que habia faltado del castillo, ó á lo menos no vivia ya con ella , la habia privado de la única amiga á quien pudiera comunicar su dolor. Recelaba ademas que Saldaña hubiera hecho apartar á su hermana de alli para poder obrar con mas libertad ; y aunque la cortesanía y el respeto que siempre usaba con ella pudieran tranquilizarla , temia no obstan-

te la hora fatal en que aquel hombre vicioso, cansado de sus desdenes, dejase de respetarla como dama para tratarla como cautiva.

Entre tanto el page se acercaba á Cuellar á rienda suelta. Luego que llegó al castillo echó pie á tierra de su caballo, y subió á dar cuenta á su señor de su comision. Contóle cuanto habia visto en la corte, y concluyó su relacion, que apenas habia oido Saldaña, con la promesa que el rey le hizo de venir en persona á sujetar los rebeldes.

— Está bien, dijo Saldaña; tú cuidarás de prepararle el recibimiento. ¿Y de Zoraida, cuándo piensas librarme de ella?

— Mañana mismo, señor, llegarán los enviados del tribunal á prenderla; he presentado mi acusacion en forma, y se han horrorizado todos.

— ¿Y con qué testigos cuentas? preguntó Saldaña.

— Cuantos viven en el pueblo y en



el castillo están persuadidos de sus brujerías, y creen que os tiene hechizado: bien es verdad que no lo creo yo menos que ellos.

— Está bien, basta, replicó el de Cuellar; líbrame de ella, y no tenga yo nada que ver con su muerte. ¿Y el rey, qué gente de armas crees tú que traiga consigo?

— No os lo puedo asegurar, repuso Jimeno, pero siempre serán de tres á cuatro mil hombres.

— ¡Oh! exclamó Saldaña con una sonrisa que rara vez animaba su fisonomía. En este caso su hermano va á tener que rendirse, y ella es mía.

Miróle Jimeno sorprendido con la alegría del señor de Cuellar, cosa tan nueva para él como para el mismo que la sentía.

— Ya veo, señor, que vais todavía á ser feliz. ¿No os dije yo que las fatigas de la guerra, nuevos amores y el bullicio de la corte eran el mejor remedio para vuestra enfermedad?

— Quita allá, necio, respondió Saldaña, que habia vuelto á su estado habitual de tristeza; solamente una cosa podría hacerme dichoso, y no es ninguna de las que dices. ¡ Ah! ¡ y quién sabe tampoco si sería yo entonces feliz!

Detúvose aqui con muestras de pesadumbre, y ambos interlocutores guardaron un momento silencio.

— Será preciso ir disponiendo á Leonor, pensó Saldaña; sí, vamos.

Y levantándose de su asiento, echó á andar pensativo y sin mirar al page hácia la habitacion de Leonor.

— Está loco, no hay duda, dijo éste despues que se hubo alejado; allá se las avenga, yo hago lo que quiero de él, y á mí me viene bien su locura. Yo tambien voy á ver cómo lo pasa Zoraida, y si me puedo introducir en su cuarto.

Ocupado, pues, de sus pensamientos, llegó Saldaña á la puerta de la habitacion de Leonor, y habiendo pedido permiso para visitarla, bajo pretesto de traerle no-



ticias de su hermano, aguardó la vuelta de la camarera, que no tardó mucho tiempo. Concedida la licencia entró el conde, y despues de haberla cortesmente preguntado por su salud, tomó asiento enfrente algo apartado, no sin alguna turbacion, y casi sin atreverse á mirarla. Leonor apenas le contestó á sus preguntas, pero llena de ansiedad le preguntó por su hermano.

— Se ha recobrado del todo, respondió Saldaña, pero tengo no obstante que daros una mala noticia.

— ¡Hablad! ¿Qué hay? ¿Está preso? preguntó Leonor toda asustada.

— Por ahora no, replicó el de Cuelar, pero, ¡ay de él si llegan á aprisionarle!

— Pero ¿qué ha hecho? ¿Qué hay?

— Sosegaos, señora, y oidme, respondió Saldaña. Un enjambre de ilusos han tomado las armas y proclamado rey á don Alfonso Lacerda, rebelándose contra don Sancho, y vuestro hermano los

capitanea. Sus fuerzas, aunque numerosas, consisten la mayor parte en hombres que apenas han tomado en su vida un arma en la mano, y no son temibles por consiguiente. Se encuentran ademas aislados, y sin esperanza de auxilio por ningun lado; todo lo cual hace creer que se verán muy pronto forzados á entregarse y á sufrir en tal caso la pena á que la ley condena al traidor.

— Eso no, repuso Leonor con altivez; mi hermano podrá morir peleando ó perder su cabeza en un cadalso, pero su fama quedará sin mancha, su nombre no perderá por eso el lustre que le dieron nuestros abuelos, y la nota de infamia caerá sobre el vencedor.

— Sea como decís, replicó Saldaña, y aun mas diré, que usa de su derecho como caballero, pero no por eso es menos triste su situacion. Su aprehendimiento y su muerte son seguros.

— Cumpla mi hermano como deba, replicó Leonor, y sea cualquiera su suer-

\*



te. Yo desdoraría la gloria de mi linage y negaría la sangre que por mis venas corre si de otro modo le aconsejara. Ha tomado las armas por su patria contra un tirano y en favor de su rey. Mi padre le hubiera aconsejado lo mismo, y yo, aunque le amo mas que á mí misma, no puedo menos de aprobar lo que ha hecho.

Los ojos de Leonor brillaban con entusiasmo mientras hablaba, su fisonomía mostraba un carácter determinado, y en su ademan noble y hermoso aspecto habia algo capaz de fascinar y enamorar un hombre de hielo. Mirábala Saldaña con pesadumbre, contemplándola tan hermosa y animada al mismo tiempo, y viéndose á su parecer detestado de aquella muger en cuya posesion hubiera él cifrado toda su dicha. Este sentimiento de cariño y de amarga desesperacion no pudo menos de henchir su corazon de llanto, que para mayor pena suya, lejos de servirle de desahogo derramándose por sus ojos, combatía su alma como el mar que en la

mas deshecha borrasca no puede traspasar sus orillas.

— ¡Quién mas desdichado que yo! exclamó: ¡yo que te adoro, que veo en tí en este mundo mi felicidad y en el otro mi salvacion, que habria de haber sido tu esposo, y que hubiera hallado en tí una muger hermosa, sensible, heróica, una muger, en fin, como no hay ninguna en el mundo, y que ahora me veo aborrecido de tí!! ¡Oh! á la verdad es demasiado sufrir. Sí, tienes razon, Leonor, tu hermano es un héroe, la causa que defiende es justa; don Sancho es un tirano, un usurpador, un mal hijo; peor que yo es el rey que elegí, que me distingue, y debe ser tan perverso como yo cuando hace de mí tanto aprecio. Pero no importa, si él me ha colmado de beneficios, yo le seré desagradecido, yo me rebelaré contra él, yo le asesinaré hospedándole en mi castillo: habla, Leonor, mándame que lo haga, y volaré en seguida con mis tropas á aumentar el número de los que han



seguido á tu hermano. ¡ Oh ! continuó arrojándose á sus pies, ámame, ámame, y don Alfonso de Lacerda puede contar con un amigo mas y un poderoso aliado.

— No, Saldaña; levantaos, y no penseis tan bajamente de mí, replicó Leonor. ¿ Por qué os habia de engañar? No os amo, pero tampoco es decir esto que os aborrezca. Os aborrecería no obstante si abandonaseis vuestro partido, si viese que os mostrabais desagradecido á los beneficios que os ha prodigado don Sancho. No creais nunca, Saldaña, que para buscar aliados á mi hermano me valga yo de medios tan bajos.

— Perdonad, señora mi arretrato, replicó el de Cuellar mas sosegado: teneis razon, y yo mismo, á pesar de todo, no haría... ¿ pero qué digo? haría cuanto vos quisieseis. Pensad sin embargo en las circunstancias peligrosas en que se ve vuestro hermano; considerad que acaso puede necesitar un dia algun amigo que le proteja contra la injusticia. ¿ Querriais vos

ver á vuestro hermano, puesta la sogá al cuello, marchando por las calles públicas, conducido al cadalso por el verdugo? ¿Querriais oírle nombrar traidor y ver rodar su cabeza ensangrentada por tierra?

— ¡Saldaña! exclamó Leonor horrorizada: ¡basta! ¡por Dios! tened compasión de mí.

Saldaña prosiguió diciendo:

— ¡Dichoso, sí, sino hubiera otro mundo! pero inquieto allí mismo y penando, él volvería á reconveniros por haberle dejado morir. Y no lo dudeis, el triunfo es nuestro, y Hernando va á ser víctima de su entusiasmo. El rey va á llegar con un numeroso cuerpo de aguerridos veteranos; nuestros espías son mejores y mas diestros que los suyos; allí mismo en su campo hay quien se ha ofrecido ya á asesinarle ó á entregarle vivo, y su desgracia es tan cierta como que el sol nos alumbrá.

— ¿Y qué quereis decir con eso? preguntó Leonor conmovida: ¿acaso os complaceis haciéndome padecer?



— ¡Ojalá, Leonor, contestó Saldaña, sufriese yo aun mas de lo que sufro y fueras tú feliz de ese modo! No, mi intencion no es esa; yo quiero hacerte ver solamente lo desdichado que soy. Figúrate un hombre que te idolatra, y que por la dura ley del honor se ve obligado á emplear sus armas contra tu hermano, quizá á encontrarse y á tener que pelear con él en el campo; un hombre que si ya no es detestado de tí por lo que ha hecho, va á serlo por lo que le queda que hacer. ¡Ah! tu hermano entregado al verdugo, tu hermano bañando el cadalso con su noble sangre, es mas dichoso que yo. Á él le queda la ilusion de la gloria para aquel momento, la esperanza de un ilustre nombre en la posteridad y las alabanzas de su partido, mientras á mí, que en nada de esto cifro mi gloria, y que solo quisiera vivir en paz, y ser amado de tí, no me queda que aguardar sino la vida, tu odio y mis eternos remordimientos.

— Sí, Saldaña, respondió Leonor, tú

te ves precisado á combatir con él, pero no es de caballero tender asechanzas y hacer asesinar vilmente al enemigo que se presenta noblemente en el riesgo. Si le rodean traidores tú debes avisarle, al mismo tiempo que no debes huirle la cara frente á frente en el campo.

— Piensa, Leonor, respondió el de Cuellar, que nada me quedará que hacer por librarle; vive persuadida que hasta ahora está seguro de los asesinos que le cercan, y de que yo he dado orden de que se respete su vida, y cree tambien que aun si cayera prisionero del rey, yo interpondria todo mi valimiento para salvarle. Sí, todo por tí, Leonor, todo por tí, por quien estoy pronto á esponer riquezas, vida, honra, en fin, cuanto puede esponer un hombre.

— Y yo te lo agradeceré toda mi vida, y si hasta ahora no he tenido de tí sino memorias odiosas, entonces tendré al menos un recuerdo que me hará pensar en tí con agrado, y te miraré no como



á mi perseguidor, no como al enemigo de mi familia, sino como al libertador de mi hermano.

-- ¡Un recuerdo! ¿y no mas? exclamó Saldaña; pero tampoco merezco yo mas. Tienes razon, Leonor, un recuerdo tuyo debe bastarme, y es el único premio que tengo derecho á exigir de tí.

El tono melancólico con que pronunció estas palabras, y la resignacion que manifestaba á su suerte, tal vez hubiera enternecido á Leonor, si la idea del riesgo en que se encontraba su hermano no tuviese únicamente ocupada su imaginacion.

— Yo confio, le dijo, en que apartareis de mi hermano cuantos lazos puedan tenderle los que no saben librarse de sus enemigos sino valiéndose de traidores y de asesinos. Si su suerte fuera morir al frente de sus partidarios, en tal caso no desmentiría yo la entereza de una dama de mi gerarquía, le lloraría en silencio, y me resignaría á mi des-

gracia. Pero si yo le veo aprisionado ó muerto no por el valor, sino por la ratera astucia de sus enemigos, contad, Saldaña, con mi eterno aborrecimiento, vos, y cuantos sean sus contrarios.

Diciendo así se levantó de su asiento, y habiéndole pedido permiso para retirarse á otra sala, se despidió de Saldaña, á quien enamoraban cada dia mas las nuevas virtudes y gracias que descubría en su prisionera, al mismo tiempo que aumentaba su desesperacion el horrible contraste que ofrecian su corazon y el de ella si los comparaba.





---

**CAPITULO XXVI.**


---

¡ A tan leve culpa, tanta  
ingratitude se ha juntado!

Mas quien nació desdichado  
siempre el mal se le adelanta.

( *El caballero del Sacramento.* )

**C**UENTA la historia que asi como el page se separó de su amo se dirigió á la habitacion de Zoraida, cuya puerta halló cerrada, y tardó mucho tiempo en hacer que le abriera la esclava que la servía.

— ¿Qué quereis? le preguntó ésta. Ya sabeis la orden de mi señora, que me ha prohibido que os deje entrar.

-- Abre, niña, repuso el page en tono muy dulce; yo no vengo á ofenderla; ó bien vé y dila que vengo de parte de mi señor.

La esclava obedeció al punto, y al cabo de un rato volvió á abrir la puerta,

y entró Jimeno despues de alhagarla las megillas con dos ó tres palmaditas suaves. Al entrar él, Zoraida se levantó con fiereza, aunque en medio de su resolucion se notaba cierto temblor convulsivo en todo su cuerpo. Lucía en su mano derecha una daga desnuda, con que parecia amenazarle; pero su semblante estaba ya muy caido; pálida y desmejorada, apenas ofrecia ya á la vista aquel conjunto de orgullo y de hermosura que tanto la distinguia.

-- Jimeno, le dijo con voz tan abatida como su rostro, pero que no desmentía por eso la audacia de sus palabras, si habeis venido á ultrajarme, entrad y vereis morir aqui mismo; dad un paso mas con esa intencion, y me atravieso el pecho con esta daga.

Turbóse el page sorprendido de tanta resolucion, y sin atreverse á adelantar un paso quedó inmovil, mirándola con sorpresa.

-- Serénate, Zoraida, dijo aparen-



tando el mismo abatimiento que ella. Conozco mi mal comportamiento contigo; te he dado motivos bastantes para hacerte desconfiar de mí; pero ¿qué sacrificios hay que yo no haya hecho despues para hacerte olvidar tus ultrajes y mi infamia? ¿No he estado á pique de perecer por librarte de tu rival? ¿No te he salvado dos veces la vida del furor de Saldaña? Y ahora mismo, créeme, Zoraida, vengo á librarte de la horrible muerte que te preparan.

-- Jimeno, repuso la mora, ¿qué me importa morir? ¿Ves tú que me rodeen tales dichas que deba sentir perderlas, ni que me alhague la esperanza mas remota para lo futuro? ¿Ves tú cómo vivo, y puedes creer no cifre yo mi única esperanza en la sepultura? Vete, pues; nadie puede oponerse á lo que está escrito en el libro de los destinos; vete, y déjame morir en paz.

-- ¡Ah! exclamó Jimeno: tú no sabes el tremendo fin que te aguarda, tú

no sabes qué género de muerte te apercibe tu fatalidad.

-- Cualquiera que sea, replicó la mora, será mas dulce que vivir como vivo.

-- ¿Y tu venganza? repuso el page.

-- ¿Qué me importa despues de muerta?

-- Zoraida, voy á declarararte la horrible trama que hay contra tí. Sancho Saldaña, lleno de odio hácia tí, y por librarse de tu presencia, te ha delatado al tribunal eclesiástico por hechicera. Si niegas que lo eres, el tormento, que hará polvo tus huesos, te obligará á confesar cuanto quieran aquellos fanáticos, sufrirás la prueba del guantelete de fuego en que meterán esa mano de marfil, que solo debería quemar el amor con sus labios, pasarás por once barras ardiendo que abrasarán tus delicados pies, que ahora son gloria del suelo que pisas: tú no tienes á nadie que te defienda, ningun caballero tomará por tí la demanda, y todos te odiarán, y te maldecirán creyén-



dote bruja con la mejor fé del mundo. Tal es la suerte que te espera: seré breve, voy á pintarte la que te aguarda si te entregas á mi voluntad. El castillo de Cuel-  
 llar no es el único castillo que hay en el mundo. No lejos de Córdoba, en medio de la abundante y deliciosa Andalucía, posée un caballero pariente mio una for-  
 taleza magnífica, rodeada no solo de fuer-  
 tes muros, sino de frondosos jardines, ba-  
 jo un cielo de cristal purísimo, que jun-  
 to á ellos son arenosos páramos los tan ponderados de este castillo. Es aquel el pais de las bellas y de los amantes, aquel el suelo que tantos recuerdos conserva y tantas maravillas muestra de lo que fue-  
 ron y fabricaron tus padres; de alli se dijo con razon que rios de miel y de leche fecundaban aquellas tierras; alli tu vida...

-- Basta, Jimeno, interrumpió Zo-  
 raida; ni la vida ni la venganza quiero de tí; te odio, y prefiero mil tormentos y mil oprobios á deberte mi salvacion.

-- Piensa mas tus respuestas , repuso el page ; los momentos son preciosos, cada instante que pasa te acerca á la eternidad. No creas que tu inocencia te salve. Los jueces que te han de oir no harán sino lo que quiera Sancho Saldaña. Son ademas fanáticos y supersticiosos como él, y tienes contra tí la opinion del vulgo bárbaro, que hace mucho tiempo te cree hechicera. Todos pedirán á gritos tu muerte, y tus lágrimas, tus ruegos y tu belleza no te valdrán siquiera una muestra de compasion.

-- Tu vista, replicó Zoraida, me horroriza mas que cuantos tormentos me pintas.

-- No hago caso de tus palabras, repuso Jimeno ; lo que me importa es salvarte, y quizá dentro de algun tiempo me sea imposible ; sígueme.

-- Jamas.

-- ¿Tan horrible te parezco que aun dudas escoger entre el cadalso y mi amor ? preguntó el page. Piensa, Zoraida, lo que



vas á decir; no te dejes llevar de tu resentimiento conmigo, y obra no por amor de mí, sino por tu propia conveniencia y seguridad.

-- He dicho, respondió la mora con entereza.

-- ¿Has elegido ya? preguntó el page con cierta sonrisa irónica.

-- Sí, repuso con firmeza Zoraida; la muerte.

-- Pues bien, yo tambien me gozo en que mueras, replicó el page mudando de tono con mucha calma. Tambien hay placer en ser malo; sí, yo mismo te acompañaré al tribunal, al patíbulo, te perseguiré hasta que espires, y me burlaré de tus súplicas cuando te acuerdes de que he podido salvarte y quieras que entonces te salve. Desengáñate, tú no estás acostumbrada á sufrir, y la vista del cadalso y los martirios de la tortura te harán arrepentir aun y cambiar de opinion. Todavía te has de arrojar tú misma en mis brazos.

\*

-- Jimeno, contestó la mora, tu perversidad prueba esa calma irónica con que hablas; ni aun sientes la pasión de la ira viéndote despreciado de la que dices que amas. Tú no haces sino calcular lo que has de decir. Huye, monstruo: ¿qué vale un mundo en que habitan y medran seres tan viles como tú?

— No, no siento nada, como tú dices, prosiguió el page con la misma sangre fría y tono irónico, ni aun siento deseos de vengarme de tí; pero tú no sabes aun hasta dónde llega mi perversidad; sabe que yo que trataba de libertarte, yo que te amo, yo soy tu acusador ante el tribunal.

En este momento las puertas de la habitación se abrieron de par en par, y dos hombres vestidos de negro, de siniestro aspecto y con traza de alguaciles, entraron en el aposento. Eran sus fisonomías de aquellas en que se nota al mismo tiempo que el sello de la estupidez, el de la crueldad que suele dar el oficio.



Venía tras de ellos á corta distancia un eclesiástico marchando con pasos muy mesurados, y murmurando entre dientes algunos rezos, y junto á él, trémulo, pálido, y sin atreverse á alzar los ojos del suelo, caminaba el mismo Sancho Saldaña. Los remordimientos que le despedaban continuamente se habian aumentado en aquel instante en su corazon al verse forzado él mismo á entregar al verdugo aquella muger cuyo único delito era amarle, á quien él mismo habia sacrificado y perdido, y cuya inocencia del crimen que la imputaban debia de ser para él tan clara como la luz del sol. Aquella muger que habia hecho en otro tiempo su felicidad, á quien él habia desdeñado tan sin razon, y cuyo amor iba él á premiar llenándola de infamia, y haciéndola quemar viva. No podia menos de horrorizarse de sí mismo viéndose delante de ella. Apenas acertaba á moverse, y sentía un dolor agudo en su corazon como si le atravesasen con un pu-

ñal de dos filos. Motejábase de infame y de malvado entre sí, teníaase por mas despreciable y bajo que el insecto mas infeliz, se apiadaba de ella, pensaba en los martirios que iba á sufrir, en las maldiciones que le echaría en la hora de su muerte; veíala irse quemando poco á poco reclinada sobre la hoguera, y sin sentirlo él mismo se despedazaba las manos, hincándose las uñas hasta los huesos, y rechinaba los dientes, pero no por eso cambiaba de resolución.

Mirábale atentamente Zoraida, sorprendida de verle allí, sin osar todavía imaginarse que era aquel mismo hombre que la habia amado tanto el mismo que la condenaba á morir de aquel modo. Parecíale imposible que fuese él, y mas de una vez creyó que le engañaban sus ojos. Pero no habia que dudarle; era Saldaña; era su amante, el que tantas veces la habia jurado que la adoraría eternamente; era el mismo que estaba allí, y que venia acompañando á los que venian á prenderla; era



Saldaña, que hubiera querido en aquel momento que se hundiese la tierra bajo sus pies por no verse delante de ella representando tan villano papel, que llevaba en su alma su mas cruel suplicio, pero inmutable, fijo, inexorable en su bárbara resolución.

Los dos hombres y el eclesiástico se adelantaron hácia la mora, que distraida mirando fijamente á Saldaña, no hacia caso de nada que le rodeaba, mientras él, avergonzado y cabizbajo, se habia quedado inmóvil en el umbral de la puerta. Solo el page parecia haber conservado toda su serenidad, aunque algo sorprendido de la llegada de aquellos hombres, á quienes él no esperaba hasta el dia siguiente, no obstante que á veces solia cambiar de color cuando miraba á Zoraida. Los dos satélites del tribunal rodearon á la mora, y el sacerdote, despues de haber hecho su venia á Saldaña, que casi no le miró, colocándose delante de ella, leyó con voz muy campanuda y sonora

el acta de prision, que estaba en latin, y en que le ordenaban se apoderase de la persona de aquella muger, acusada de usar de maleficios y hechizos para cautivar á los hombres. No entendió Zoraida, como es de presumir, ni una palabra de las que el mandamiento rezaba, hallándose escrito en lengua que le era estraña, pero no por eso dejó de conocer de lo que se trataba, y mucho mas cuando oyó á los dos piadosos oficiales del tribunal intimarla la orden de entregarse presa á tiempo que cada uno por su lado la sujetaba tan fuertemente de un brazo que la obligaron á dar un grito. No pudo menos Saldaña de apartar los ojos y volver la cabeza á otro lado en aquel instante. El sacerdote hizo señas á los dos ministros que la sacasen de alli, y el page se sonrió como podria sonreirse un demonio.

Habia vuelto Zoraida de su primer asombro, y recobrando todo su ánimo, no pudo menos de echar una mirada de triunfo á Saldaña, gozosa, en medio de su des-



gracia, con los tormentos que aquella escena causaba en su corazón. Sin duda ella en aquel momento era mucho mas dichosa que él, puesto que podia levantar su frente sin rubor, serena, y sin la marca de la vergüenza, mientras que su pérfido amante se veía allí delante de ella con todo el abatimiento y el oprobio de un hombre cuyo crimen le hace detestarse á sí mismo.

Al pasar junto á Saldaña sintió éste un frio por todo su cuerpo tan intenso que le penetraba hasta los huesos, sus rodillas se doblaron, y quiso articular algunas palabras. Solo se le pudo entender que decia :

— ¿ Me perdonas ?

Zoraida le miró con desden y menosprecio.

— No, le contestó; jamas te perdonaré. Tanto cuanto te he amado te aborrezco. Te he perseguido, he querido vengarme de tí, pero no me movía á hacerlo mas que mi amor. Podias en un acce-

so de cólera haberme muerto de una puñalada, haberme ahogado entre tus brazos, y yo te habria perdonado. ¡Pero entregarme friamente á mis verdugos!!! Tú eres un malvado, y jamas te perdonaré.

— ¡Zoraida, Zoraida! gritó Saldaña de rodillas, y tendiendo hácia ella los brazos. No os la lleveis sin que diga que me perdona, porque Dios me castigará.

El sacerdote hizo señas á los alguaciles de que anduviesen, y dijo:

— Está hechizado, no hay duda. *Miserere nobis domine secundum magnam misericordiam tuam.* Y echó á andar detras de ellos, seguido del page, sin atender á los gritos del supersticioso Saldaña.

**FIN DEL TOMO CUARTO.**



Se suscribe á esta *Coleccion* en Ma-  
drid en la librería de *Escamilla*, á 6 rs.  
tomo en rústica y 8 en pasta, y á 7 en  
las provincias en rústica.